

Prólogo por John MacArthur

La
PREDICACIÓN
QUE
DIO
BENDICE

STEVEN J. LAWSON

La predicación que Dios bendice

Steven J. Lawson

© Poiema Publicaciones, 2017

Traducido del libro *The Kind of Preaching God Blesses* © 2013
por Steven J. Lawson publicado por Harvest House Publishers.

Las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea* © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas. Las citas marcadas con la sigla NVI han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © Copyright 1999 por Biblica, Inc. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

SDG

Este libro está dedicado a mi cuñado,
quien ha sido una importante fuente de aliento
para mí por más de tres décadas:

Drew Crowell

cuya vida ha sido
un potente testigo del Señor Jesucristo,
y cuyo amor por la Escritura
y por el bienestar espiritual de los demás
ha sido usado poderosamente para el reino de Dios.

CONTENIDO

Prólogo por John MacArthur

Prefacio: La mayor necesidad del momento

1. Todo, excepto lo principal
2. Hábil parloteo
3. Un tema dominante
4. Fortaleza en la debilidad
5. Una sabiduría soberana
6. Órdenes de marchar

Notas



Así que, hermanos, cuando fui a ustedes para anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con palabras elocuentes ni sabias. Más bien, al estar entre ustedes me propuse no saber de ninguna otra cosa, sino de Jesucristo, y de Este crucificado. Estuve entre ustedes con tanta debilidad que temblaba yo de miedo. Ni mi palabra ni mi predicación se basaron en palabras persuasivas de sabiduría humana, sino en la demostración del Espíritu y del poder, para que la fe de ustedes no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Sin embargo, entre los que han alcanzado la madurez sí hablamos con sabiduría, pero no con la sabiduría de este mundo ni la de sus gobernantes, los cuales perecen. Más bien hablamos de la sabiduría oculta y misteriosa de Dios, que desde hace mucho tiempo Dios había predestinado para nuestra gloria, sabiduría que ninguno de los gobernantes de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Como está escrito: “Las cosas que ningún ojo vio, ni ningún oído escuchó, ni han penetrado en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman”.



Prólogo

LA PREDICACIÓN
QUE DIOS BENDICE

John MacArthur



Para el predicador fiel, 2 Timoteo 4:2 se posiciona majestuosamente como una tierra santa. Este versículo es un valioso territorio para cada pastor que, siguiendo los pasos de Pablo, desea proclamar fielmente la Palabra de Dios. Solo en este versículo, el apóstol definió el mandato primordial para el ministerio de la iglesia que honra a Dios, no solo para Timoteo, sino para todos los que vinieran después de él. El ministro del evangelio está llamado a “predicar la Palabra”.

El expositor fiel comprende que la Escritura no es un libro del montón. El poder del púlpito descansa en la Palabra predicada, en tanto que el Espíritu usa Su espada para traspasar el corazón humano (Ef 6:17; Heb 4:12). Este libro sagrado está “inspirado por Dios”, o para usar el término más literal, exhalado por Dios. No solo es poderoso para salvar, sino también para santificar. En consecuencia, la tarea del pastor consiste en alimentar fielmente al rebaño con la leche pura de la Palabra (1P 2:1-3), confiando en que Dios dará el resultado del crecimiento.

Con una obra tan integral tanto de salvación como de santificación disponible mediante el poder de la Escritura, ¿por qué alguien iba a tentarse a predicar otra cosa? El pastor que se preo-

cupa por el crecimiento espiritual de su pueblo debe hacer de Dios y de Su Palabra el centro de su ministerio. Para lograr ese fin, debe predicar la Palabra.

Dios sigue entregando a hombres fieles Su mandato de predicar la Palabra, y con seguridad este sagrado encargo obliga a Steven Lawson, quien demuestra poderosa y apasionadamente su obediencia a esta comisión divina. En este libro Steven ofrece, como un ejemplo confirmado para esta y futuras generaciones de predicadores, un potente llamado al tipo de predicación que Dios bendice.

A Steven le apasiona la predicación bíblica. Él entiende que la gran necesidad de la iglesia de hoy es la cuidadosa exposición de la Biblia desde el púlpito. Su propio ministerio de predicación es ejemplar. Como fiel predicador durante muchos años ha sido ampliamente apreciado por el valor, la claridad y el cuidado con que aborda la Escritura.

Steven dice que, en nuestros días, la escasez de predicación bíblica ha dejado al movimiento evangélico débil, con hambre de verdad espiritual y poco protegido contra los ataques del enemigo. Estoy convencido de que él está en lo cierto.

Con gran precisión, como la de un hábil cirujano, Steven llega directamente al asunto central de la predicación en esta generación. Con rigurosa exactitud hace un correcto diagnóstico respecto al mal del púlpito que ataca a tantas iglesias hoy en día. Él concluye muy bien que, en efecto, no hay escasez de predicación. El problema más bien radica en el contenido desnutrido y la falta de poder en el púlpito evangélico.

Muy a menudo, los mensajes de hoy contienen todo, excepto lo principal. Carecen de la predicación de Cristo en toda Su gloria. En consecuencia, los púlpitos no tienen poder para salvar.

Trágicamente, este tipo de predicación vacía se ha vuelto una epidemia, y alcanza niveles pandémicos a través de las iglesias alrededor del mundo. La evidencia parece ser abrumadora. La predicación misma está en decadencia de una manera importante. Innumerables iglesias, incluidas algunas de las más grandes y conocidas, han dejado el ministerio del púlpito en un segundo plano.

En vista de esto, Steven señala la tan necesaria cura. Si ha de ocurrir una reforma del púlpito y un nuevo avivamiento en la iglesia, solo ocurrirá a través de la predicación que glorifique a Dios, esté centrada en Cristo y sea potenciada por el Espíritu. Este, y solo este, es el tipo de predicación que Dios bendice: la predicación *bíblica*.

Hay aquí un maravilloso antídoto para los predicadores confundidos con todo este moderno énfasis en el estilo más que en la sustancia. Steven nos lleva de vuelta a la Escritura, específicamente a 1 Corintios 2:1-9, para demostrar que la predicación *bíblica* ha sido ordenada por Dios y ha sido ejemplificada por el apóstol Pablo. Esta predicación es desafiante y alentadora a la vez.

Estoy muy agradecido por ver este libro editado, y mi oración es que tenga un extenso impacto en pastores, líderes de la iglesia, los jóvenes futuros pastores y los hambrientos miembros de nuestros rebaños.

Que esta obra sea una espada en el arsenal del Espíritu Santo para capacitar y alentar a muchos hombres resueltos a alcanzar una fidelidad tan noble y una bendición tan prometida.

John MacArthur
Pastor-maestro
Grace Community Church
Sun Valley, California

Prefacio

LA MAYOR NECESIDAD
DEL MOMENTO

La prioridad de la predicación bíblica



No todos los sermones son iguales. Algunos mensajes superan a otros en impacto e influencia. Ese tipo de mensajes hacen el énfasis apropiado, para el grupo apropiado, en el momento apropiado. Son mensajes oportunos que abordan de manera única una necesidad apremiante en una hora señalada. Este tipo de mensajes divinamente designado emerge desde la profunda convicción del predicador y se conecta con el corazón del oyente.

Que quede claro: este mensaje tiene éxito porque Dios hace que triunfe. Así como el viento, dice Jesús, sopla a donde y cuando le plazca, así también el Espíritu Santo se mueve soberana e irresistiblemente sobre la vida de las personas en tanto se predica la Palabra. Por Su suprema autoridad, Dios hace que un mensaje en particular cumpla con el propósito que pretende.

Este fue definitivamente el caso respecto a un sermón que prediqué recientemente en distintos lugares alrededor del mundo. Fue un sermón estratégicamente apto para el momento, un sermón inusualmente bendecido por Dios. Estos discursos constituyen el contenido esencial de este libro en forma extendida.

EL ORIGEN DE TODO

Conferencia Anual de Pastores del Instituto Bíblico Moody

La mañana del martes 24 de mayo de 2011 volé a Chicago, Illinois, a exponer en la Conferencia Anual de Pastores en el Instituto Bíblico Moody. Con un considerable grupo de pastores y diáconos cristianos presentes en el Auditorio Torrey-Gray, hice una exposición de 1 Corintios 2:1-9 titulada “La predicación que Dios bendice”.

En ese entonces, estaba predicando versículo por versículo a través del libro de 1 Corintios en la Iglesia Bautista Christ Fellowship en Mobile, Alabama. Al recordar cómo Dios había dado poder a mis mensajes a partir de estos versículos, comprimí mis notas en un sermón para esta ocasión especial. Con algunas ediciones, llevé este manuscrito a Chicago para esta conferencia estratégica.

Lo que sucedió ese día en el Instituto Bíblico Moody superó con creces mis expectativas. Cuando pasé al púlpito, el Espíritu Santo despertó mi mente y trajo a mi memoria lo que había escrito en mis notas. A medida que hablaba, el Espíritu profundizó mis convicciones y aumentó mi confianza en las verdades del pasaje. Además, enardeció mi corazón y encendió el fervor de mi pasión. Discerní que los pastores estaban especialmente atentos a la palabra que se predicaba. Por su respuesta positiva, quedaba

claro que ese día el Señor había tocado un punto sensible en aquellos hombres.

Samara, Rusia

Al salir de Chicago, volé de inmediato al otro lado del mundo, a Samara, Rusia, donde debía predicar en el servicio de graduación del Centro de Formación Bíblica de Samara. Anteriormente, les había preguntado a los líderes de la escuela cuál sería el mensaje más apropiado para este encuentro. Tras proponer varias opciones, la respuesta arrolladora fue que debía predicar el mismo mensaje que acababa de predicar en Chicago a partir de 1 Corintios 2:1-9, es decir, “La predicación que Dios bendice”.

Hablando por medio de un intérprete, una vez más declaré lo que Pablo identificó como “el testimonio de Dios”. Llevé el mismo mensaje, no para simplificar las exigencias de mi calendario de predicaciones, sino porque discerní que estas mismas verdades debían ser comunicadas a este grupo de pastores rusos. Al dirigirme a ellos cuando prediqué este sermón, sucedió lo mismo: no todas las predicaciones son iguales. Hay un tipo de predicación que Dios bendice, específicamente la proclamación que exalta al Cristo crucificado por el poder del Espíritu. A la inversa, hay un tipo de predicación que Dios no bendice, la cual es un mero eco de la hueca sabiduría humana carente de Cristo.

Con tantas influencias humanistas importadas a la anterior Unión Soviética que afectaron al ministerio, este mensaje era

oportuno para la iglesia rusa. Aquellos pastores necesitaban urgentemente escuchar que esta verdad tronaba en sus oídos. En vista del intenso pragmatismo que invadía a la iglesia rusa, estos hombres tenían la imperiosa necesidad de que este mensaje resonara en sus corazones. Ellos, como todos nosotros, necesitaban que se les recordara que, aparte de Cristo, y Él crucificado, el predicador no tiene nada que decir. Estos pastores necesitaban oír que es el mensaje divino, no los artilugios evangélicos, lo que debería caracterizar singularmente sus ministerios de la predicación.

Conferencia de Pastores

Casi un año después, el 9 de marzo de 2012, tuve el privilegio de predicar en la Conferencia de Pastores de la Grace Community Church en Sun Valley, California, organizada por John MacArthur. Para esta ocasión se había reunido una enorme cantidad internacional de pastores y misioneros de todo Estados Unidos y de 48 países del mundo. No hay otra reunión de hombres de valor como esta en ningún lugar del mundo.

Mientras reflexionaba sobre qué debía predicar, recordé cómo Dios había bendecido la predicación de Su Palabra de 1 Corintios 2:1-9, primero en Mobile, luego en Chicago y finalmente en Samara. Al sentir la guía de Dios, revisé nuevamente mis notas de aquellas ocasiones y las llevé al púlpito para entregar el mismo mensaje: “La predicación que Dios bendice”. Una vez

más, Dios me dio el poder para proclamar este pasaje, aunque con una fuerza que no era mía. Yo parecía nada más que un observador de mi propio sermón. Más tarde, debía reunirme con una editorial cristiana y con su editor para analizar un posible proyecto. Cuando nos sentamos a hablar en una oficina que pedimos en Grace Church, estaba emocionalmente agotado porque acababa de predicar este mensaje. De hecho, en lo personal sentía que había sido tristemente deficiente en mi presentación. No había entregado el mensaje como había esperado, y sentía que había fallado en mi labor de heraldo de la verdad divina.

Cuando me reuní con este equipo editor, me disculpé por mis pobres esfuerzos en el púlpito. Pero antes de que pudiera terminar de hablar, el editor me dijo abruptamente: “Me gustaría publicar este mensaje en un libro. Creo que cada ministro necesita escuchar este sermón”. No hace falta decir que quedé pasmado.

En ese mismo momento, entró John MacArthur a la pequeña oficina. Para mi asombro, él me estaba buscando. Se acercó a mí y también afirmó lo mismo, diciendo: “Eso fue exactamente lo que necesitábamos oír”. Yo me quedé sin palabras.

Sorprendido de que Dios me usara a pesar de mi enorme debilidad, me di cuenta de que este mensaje en particular había tocado un punto sensible en el cuerpo de Cristo. Lo único que podía hacer era subirme a esta ola de la Providencia e ir adonde quisiera llevarme, pues estaba totalmente fuera de mi control.

Conferencia Nacional Ligonier

En el tiempo perfecto de Dios, debía predicar la semana siguiente, el 17 de marzo, en la Conferencia Nacional de Ligonier Ministries de 2012 en Orlando, Florida, con R. C. Sproul. El tema de esta conferencia era “La mente cristiana”, y meses antes el equipo de Ligonier me había asignado la predicación “Locura para los gentiles”. Me pidieron que en este mensaje abordara lo incomprendible que es el evangelio para la mente no regenerada.

En vista de esta asignación específica, sentí que no tenía más opción que predicar este mismo texto. Por quinta vez, expuse este mismo pasaje de 1 Corintios, solo que esta vez abordé el contexto mayor de 1 Corintios 1:18 – 2:5. Mientras predicaba este pasaje, el Espíritu me condujo una vez más, como si me hubiera llevado sobre alas de águila.

En cada ocasión, desde Mobile a Chicago, a Samara, a Los Ángeles y luego a Orlando, Dios bendijo singularmente la predicación de Su Palabra. El libro que ahora tienes en tus manos es un registro integrado de lo que expuse en estas cinco predicaciones asignadas, junto con algunas adiciones posteriores. Mi oración es que conforme leas este libro la bendición de Dios acompañe estas mismas verdades a medida que avanzan en el poder de Su Espíritu.

SEGÚN EL ESTADO DEL PÚLPITO

Dios conoce la urgencia con la que los predicadores de hoy deben regresar a lo que se expone en este distintivo texto acerca de la predicación. Según el estado del púlpito, así es el estado de la iglesia. Esto nunca ha sido más cierto de lo que es el día de hoy. Ninguna iglesia puede elevarse más alto que su púlpito. La vida espiritual de cualquier congregación y su crecimiento en la gracia jamás excederán el punto máximo que marque su púlpito.

Este libro va acompañado por la oración de que la soberana Cabeza de la iglesia, el Señor Jesucristo, levante una nueva generación de predicadores que exalten a Dios, estén centrados en Cristo y sean energizados por el Espíritu. Que sean fieles y fervientes anunciadores de Cristo, y de Él crucificado, que prediquen en el poder del Espíritu Santo. Tal predicación sigue siendo la necesidad más apremiante del momento.

EXPRESIÓN DE GRATITUD

Antes de comenzar, quiero agradecer al equipo de publicación de Harvest House, que escuchó la predicación de este mensaje en la Conferencia de Pastores y comenzó el proceso de publicación de sus verdades. Estoy agradecido con Bob Hawkins, el publicador, y Steve Miller, mi editor, por su visión para este proyecto.

Debo agradecer a la Iglesia Bautista Christ Fellowship de Mobile, Alabama, a quienes tuve el privilegio y el placer de servir como pastor principal. Ellos han recibido con entusiasmo mi

predicación de 1 Corintios, un libro al que, admitámoslo, cuesta someterse. Esta epístola paulina, si bien conduce a una gran bendición, es en realidad una palmada espiritual en respuesta a lo que estaba ocurriendo en la iglesia de Corinto. El material de este libro tiene su origen en esta serie expositiva en la iglesia Christ Fellowship.

También agradezco el apoyo de mis compañeros ancianos de la Iglesia Bautista Christ Fellowship, quienes me alientan en mi ministerio extendido al extranjero. Quiero expresar mi especial gratitud a mi asistente ejecutiva, Kay Allen, quien escribió todo este documento, y a Keith Phillips, un pastor compañero en Christ Fellowship, quien colaboró en la preparación de este manuscrito.

Finalmente, debo reconocer a mi familia por proveerme mucho aliento en mi vida personal y en el ministerio de la predicación: mi esposa Anne, y nuestros cuatro hijos Andrew, James, Grace Anne y John, están a mi lado para sostenerme.

Soli Deo gloria

Steven J. Lawson

Christ Fellowship Baptist Church

Mobile, Alabama

Julio de 2012

TODO, EXCEPTO LO PRINCIPAL

La pobreza de la predicación moderna



En el mundo de hoy no hay escasez de predicación. El vasto número de iglesias alrededor del planeta es prueba de esto. En muchos lugares hay un templo en cada esquina, y en cada iglesia hay un púlpito, y en cada púlpito hay predicación.

Pero lo cierto es que no toda predicación es igual. Está la predicación que Dios bendice, y está la que Dios abandona. Está la predicación que goza del favor del cielo, y está la que es un mero ejercicio de retórica vacía. Entre ambos tipos hay una diferencia abismal.

Lo que debemos recuperar a toda costa en nuestro tiempo no es solo *más* predicación. Más bien, lo que necesitamos con urgencia es más predicación *de cierto tipo*. El problema de hoy no es la carencia de predicación. No, la cuestión radica en la absoluta pobreza de gran parte de lo que hoy se considera predicación.

El púlpito carece terriblemente de algo. Esta carencia en la predicación no es otra cosa que una hambruna actual por oír las palabras del Señor. Vivimos en un tiempo en donde la proclamación del Cristo crucificado, dotada de poder por el Espíritu, escasea. No hay nubes a la vista ni se pronostican lluvias. Por desgra-

cia, en la Biblia del púlpito promedio hay tanto polvo como para escribir *Icabod* (sin gloria, ver 1S 4:22) sobre ella.

LA MÁS DIABÓLICA ESTRATEGIA

Donald Barnhouse, pastor de la Décima Iglesia Presbiteriana de Filadelfia, Pennsylvania, años atrás predicó un mensaje que se transmitió por la emisora radial CBS. En esta charla que llegó a todo el país, el notable maestro de Biblia especuló acerca de cuál sería la más diabólica estrategia que Satanás podría tramocar contra la iglesia en los años siguientes.

Para el asombro de muchos oyentes, Barnhouse imaginó que todos los bares de Filadelfia serían cerrados. Ya no habría prostitutas en las calles. Ya no habría pornografía disponible. Las calles estarían limpias, y todos los barrios de la ciudad estarían llenos de ciudadanos sujetos a la ley. Se acabarían las groserías y los insultos. Los niños dirían respetuosamente “sí, señor” y “no, señora”. Cada iglesia de la ciudad estaría llena de gente. No habría ningún asiento disponible en las iglesias para otro ciudadano. “¿Qué podría tener eso de malo?”, podemos preguntar. Barnhouse dio entonces el golpe definitivo. El peligro más diabólico, dijo él, sería que en cada uno de estos templos *jamás* se predicara a Jesucristo.

En estos púlpitos, habría mucha plática religiosa, pero nada se diría acerca de la suprema autoridad y la obra salvadora de

Cristo sobre la cruz. Se haría mención de la moralidad, pero no de Cristo. Habría expresiones de preocupación cultural y comentarios políticos, pero nada de Cristo. Habría pensamiento positivo e historias inspiradoras, pero nada de Cristo. Estarían los adornos externos del cristianismo, pero no habría ninguna realidad interna de Cristo.

El complot más diabólico de Satanás sería que las iglesias estuvieran atestadas de gente, pero no hubiera proclamación de Cristo, y de Él crucificado. Con este silencio mortal, las personas nunca aprenderían de Cristo. En consecuencia, nunca podrían conocerlo ni seguirlo.

Lo que Barnhouse temía se ha vuelto en gran medida una realidad en nuestros días. En innumerables iglesias en Estados Unidos y en el mundo hay mucha predicación. Pero la verdad es que hay poca proclamación de Cristo. Hay mucha retórica vacía, pero poca realidad del Salvador sufriente. Estas iglesias predicán de todo, excepto del propio Cristo. Trágicamente, demasiadas iglesias y púlpitos lo tienen todo, excepto lo principal.

UN CRISTIANISMO SIN CRISTO

Michael Horton aborda esta creciente crisis y ha escrito un libro alarmante, *Christless Christianity* [Cristianismo sin Cristo], que hace hincapié en este mismo punto. En esta estimulante obra, Horton observa con dolor que las iglesias se han vuelto más y

más como el mundo a medida que sus púlpitos se han despojado cada vez más de Cristo. Lamentablemente, la iglesia ha sido apresada por las mortales influencias de discursos mundanos tales como el vulgar pragmatismo, la autosuficiencia, el pensamiento positivo y otras cosas por el estilo.

Obsesión con el pragmatismo

Horton escribe: “La iglesia de hoy en Estados Unidos está tan obsesionada con ser práctica, relevante, exitosa y aun amigable que es un reflejo del mundo mismo. Aparte del envoltorio, no hay nada que no se pueda encontrar en la mayoría de estas iglesias que no podría satisfacerse por medio de diversos programas seculares y grupos de autoayuda”.¹ A esta forma de religión él la llama cristianismo sin Cristo.

Horton explica además: “Al parecer el enfoque sigue estando en nosotros y en nuestra actividad más que en Dios y en Su obra en Jesucristo”.² En ese sentido, Jesús es un entrenador con una buena estrategia para alcanzar nuestra victoria, en lugar de un Salvador que ya la ha alcanzado por nosotros. La salvación es más lograr una vida óptima ahora que ser salvados del juicio de Dios por Dios mismo. ¿Te suena familiar?

En suma, Barnhouse y Horton advierten sobre un cristianismo sin Cristo. Barnhouse temía que tal evangelio alternativo se estuviera aproximando. Horton, lamentablemente, asevera que ya ha llegado.

Desalojo de Cristo

En la actualidad, la predicación desprovista de la persona y la obra de Cristo es demasiado común. Tales palabras inertes son una trampa en la que han caído muchos púlpitos. En esta trampa mortal el Señor Jesús es minimizado, si no es que está totalmente ausente. En vez de darle el lugar central de preeminencia, Jesús queda rebajado a la periferia. En lugar de estar en primer plano, Cristo queda relegado en las sombras.

En muchos púlpitos, hay una cautivadora comunicación que capta la atención del oyente. Hay un pensamiento lógico con una coherente fluidez. Hay un elaborado esquema, una introducción llamativa y una excelente exégesis. Hay fascinantes ilustraciones y aplicaciones relevantes. Hay perspicaces observaciones y perfectas referencias cruzadas. Hay hasta una conclusión dramática.

Pero si el sermón no logra exaltar y ensalzar a Cristo, ha errado el blanco. Tal predicación lo tiene todo, excepto lo necesario: la persona de Jesucristo, presentada por el poder del Espíritu. Sin duda, puede que se mencione el nombre de Cristo, pero solo por cortesía. Incluso puede que este tipo de discurso sea enérgico, emocionante y entusiasta. Pero si le falta Cristo, es solo un címbalo retumbante. La triste realidad es que estos púlpitos estériles no tienen el poder para salvar ni la capacidad de santificar.

LA REFORMA DEL PÚLPITO MODERNO

Lo que se debe recuperar hoy en día la predicación que Dios bendice. En cada púlpito, se debe presentar a Dios como más que un mero maestro infalible y ejemplo moral. Cristo es ambas cosas, sin duda. Pero es mucho más. Los púlpitos deben estar muy concentrados al enlazar la humanidad sin pecado, la deidad soberana y los propósitos salvíficos del Señor Jesucristo. De lo contrario, lo que provenga de los púlpitos no será predicación, sino una simple charla religiosa deslucida.

Proclamación de la supremacía de Cristo

El problema con muchos sermones de hoy no está en lo que dicen, sino en lo que no dicen. Muchos púlpitos mencionan a Cristo, pero solo como un “gurú” que está dispuesto a ser nuestro “mentor” en el juego de la vida. Demasiados predicadores representan a Cristo como el conocido genio de la lámpara que espera nuestra llamada, nos concede todos nuestros deseos y está dispuesto a reparar todos nuestros problemas temporales.

Sin embargo, los predicadores deben magnificar incansablemente el señorío sin par de Jesucristo y la obra redentora que Él realizó sobre la cruz. Todos los púlpitos deben declarar con pasión que Cristo es el eterno Hijo del Dios viviente, el único Salvador de los pecadores. Toda predicación debe anunciarlo con valentía como el Señor que gobierna cielo y tierra. Se le debe anunciar osadamente como Aquel ante quien toda rodilla se do-

blará y a quien toda lengua confesará. Toda predicación debe afirmar que este Jesús es el Juez último de cada vida humana.

Para cumplir este sagrado deber, cada predicador debe proclamar todo el consejo de Dios. Debe dar a conocer cada doctrina de la Escritura. Debe enseñar cada verdad. Debe exponer cada pecado. Debe hacer todas las advertencias. Y debe ofrecer cada promesa.

Si Dios ha de bendecir nuestra predicación, debemos exponer la suprema majestad de Jesucristo mismo en nuestros sermones. Todas las líneas de nuestra predicación deben encontrarse en el máximo pináculo: Jesucristo, y Él crucificado.

Recuperación del fundamento

Desde el mensaje divino de la Escritura emerge hacia lo alto el prominente edificio del Monte Calvario. En la cima de este pico elevado se alza la cruz del Señor Jesucristo, cuya sombra cubre la Biblia entera. El tema central de toda la Biblia es Jesucristo, el Redentor de todos los que lo invocan.

Todo el Antiguo Testamento anuncia la venida de Cristo a la tierra a redimir y a reinar. Y es así que los Evangelios describen Su primera llegada. Acto seguido, el libro de Hechos registra la proclamación de Su muerte, resurrección y exaltación. Sobre esto, las epístolas definen quién es Jesús y defienden lo que Él consiguió en Su vida y Su muerte. Y finalmente, el libro de Apocalipsis declara que Jesús viene otra vez en esplendor y gloria.

En breves palabras, Jesucristo crucificado es el tema que unifica toda la Escritura.

Este fundamento *debe* ser reclamado en nuestra predicación. Cualquier otro sustento es una pendiente resbaladiza que inevitablemente desciende a una vana retórica y en palabrerías. Por el contrario, cada púlpito debe presentar una elevada visión de la singular persona y la obra salvífica de Jesucristo. Toda predicación debe apuntar a Su muerte sustitutiva que cargó con el pecado de los pecadores. Toda exposición debe ensalzar a este Corredor Sacrificial que se convirtió en el Sustituto que cargó con el pecado de todos los que creen. Cada mensaje debe exaltar a este Cristo que fue levantado de los muertos, exaltado a la derecha de Dios el Padre, e investido de toda autoridad en el cielo y en la tierra.

Este debe ser el latido de corazón que ha de palpitar en cada púlpito. Esta debe ser el potente pulso que caracteriza a cada ministerio. Si los predicadores han de ser conocidos por algo, debe ser por predicar al Señor Jesucristo, y a Él crucificado.

MANUAL BÁSICO DE PREDICACIÓN

Es por este motivo que me atraen las palabras que escribió el apóstol Pablo en 1 Corintios 2:1-9. Estos profundos versículos son un texto estratégico que nos cuentan acerca de la naturaleza de la verdadera predicación. En muchos sentidos, este pasaje se

posiciona como un texto definitivo sobre predicación bíblica. Habla con agudeza sobre la prioridad de la predicación centrada en el evangelio y llena de gracia. La necesidad de recuperar este tipo de predicación, tal como se describe en estos versos, es apremiante en nuestros días. Veamos lo que dijo Pablo:

Así que, hermanos, cuando fui a ustedes para anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con palabras elocuentes ni sabias. Más bien, al estar entre ustedes me propuse no saber de ninguna otra cosa, sino de Jesucristo, y de Este crucificado. Estuve entre ustedes con tanta debilidad, que temblaba yo de miedo. Ni mi palabra ni mi predicación se basaron en palabras persuasivas de sabiduría humana, sino en la demostración del Espíritu y del poder, para que la fe de ustedes no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Sin embargo, entre los que han alcanzado la madurez sí hablamos con sabiduría, pero no con la sabiduría de este mundo ni la de sus gobernantes, los cuales perecen. Más bien hablamos de la sabiduría oculta y misteriosa de Dios, que desde hace mucho tiempo Dios había predestinado para nuestra gloria, sabiduría que ninguno de los gobernantes de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Como está escrito: “Las cosas que ningún ojo vio, ni ningún oído escuchó, ni han penetrado en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman” (1Co 2:1-9).

Un viaje a Corinto

Este pasaje vital señala al momento cuando Pablo vino por primera vez a la ciudad de Corinto, durante su segundo viaje misionero. Fue en el año 50 después de Cristo que el apóstol llegó a esta ciudad altamente culturizada, la cual estaba ubicada entre los mares Egeo y Adriático. Como un poderoso centro de comercio, Corinto era una próspera ciudad portuaria orgullosa por po-

seer lo mejor de la cultura griega. Esta metrópolis contaba con un famoso teatro al aire libre que podía recibir a veinte mil personas. Aquí se congregaron para presentarse algunos de los más renombrados actores, dramaturgos y oradores de la antigüedad. Los sofisticados corintios estaban acostumbrados a los más esmerados comunicadores del mundo antiguo.

Antes de venir a Corinto, Pablo había predicado en otras ciudades griegas, tales como Tesalónica, Berea y Atenas. En cada uno de estos lugares el apóstol había sido recibido con un marcado rechazo. Cuando Pablo finalmente llegó a Corinto, estaba física y emocionalmente cansado tras haber recibido varios portazos en la cara. El desgaste en su cuerpo había sido grande, ni hablar del desgaste de su espíritu.

En consecuencia, Pablo fácilmente podría haberse visto tentado a replantearse su enfoque al ministerio. Si alguna vez hubo un momento para cambiar de estrategia, sin duda era este. Si el apóstol hubiera estado impulsado por el pragmatismo, habría concluido que necesitaba probar algo nuevo. Quizá debía hacer una pequeña mezcla e intentar ser más relevante. Quizá debía adoptar los métodos comprobados de los filósofos griegos a fin de captar la atención en Corinto. Quizá debía tomar algo del manual de aquellos filósofos para ganarse a la multitud. Quizá debía emplear el estilo del discurso altamente esmerado de ellos a fin de plantar allí una iglesia.

Si el apóstol Pablo iba a continuar con su actual enfoque en la predicación, ¿cómo iba a causar siquiera un rasguño en el mercado de Corinto? ¿Debía recurrir a una estrategia distinta? ¿De-

bía quitarle énfasis a Cristo? ¿Debía adoptar un enfoque alternativo, algo distinto a la predicación, con el fin de alcanzar esta ciudad pagana? ¿Debía tratar de ser agradable en su discurso para poder alcanzar la mente ilustrada de la gente?

Cómo vino Pablo

Esto no queda en suspenso. La Biblia registra el enfoque de Pablo para divulgar el evangelio en Corinto al decir: “Todos los días de reposo debatía en la sinagoga y lograba persuadir a judíos y a griegos. Cuando Silas y Timoteo llegaron de Macedonia, Pablo estaba totalmente dedicado a la predicación de la palabra, y les probaba a los judíos que Jesús era el Cristo” (Hch 18:4-5). A pesar de los reiterados rechazos que había sufrido anteriormente, la estrategia de Pablo para alcanzar a Corinto permaneció idéntica. El apóstol mantuvo el mismo enfoque que había usado en otras ciudades. Llegó proclamando a Cristo crucificado, y lo hacía en el poder del Espíritu Santo.

Una predicación que exaltaba a Cristo y estaba centrada en el evangelio estaba por dar sus frutos. El líder de la sinagoga, Crispo, se convirtió firmemente bajo el ministerio de Pablo (Hch 18:8). Asimismo, muchos otros corintios llegaron a conocer a Jesús. Tan poderosa era la recepción del evangelio allí que el apóstol se quedó dieciocho meses, un periodo inusualmente largo para su calendario de viaje tan acelerado. En esta ciudad pagana, ahora se había establecido una cabeza de playa para desde ahí

proclamar la verdad. Había nacido una iglesia, por así decirlo, en las puertas del infierno. La predicación directa de Pablo del Cristo crucificado fue poderosamente usada por Dios.

Pero tras la partida de Pablo de Corinto, la devoción de estos nuevos creyentes a Cristo se enfrió. Su fervor menguó. Aunque estaban genuinamente convertidos, estos discípulos retornaron a su deseo de estilos más sofisticados de oratoria pública. Con este retorno vino un retroceso a su anterior obsesión por la sabiduría mundana.

En el año 55 después de Cristo, Pablo escribió 1 Corintios para confrontar a estas personas acerca de su recaída espiritual. Al comienzo de esta epístola, les recordó la manera directa en que les había predicado el evangelio. Afirma: “Así que, hermanos, cuando fui a ustedes para anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con palabras elocuentes ni sabias” (1Co 2:1). Eso significa que, cuando estaba allí, Pablo no trató de igualar su ingenio al de los grandes argumentadores griegos. Él no puso en juego su mensaje con el fin de acomodarse al gusto cultural de ellos. Tampoco condescendió con la sabiduría convencional de sus mentes griegas. Se negó fuertemente a condescender con ellos a fin de ganarlos.

En lugar de ello, Pablo no modificó la esencia de su mensaje ni un poquito. Tampoco acomodó el estilo de su discurso. El apóstol vino a Corinto como iba a cualquier lugar: predicando a Cristo crucificado. La totalidad de su ministerio se podría condensar en esta breve declaración: “Proclamamos a Cristo, y a

Este crucificado” (ver 1Co 2:2). En resumen, la esencia de su mensaje era la persona y la obra de Jesucristo.

UN MODELO ATEMPORAL PARA HOY

Cada expositor fiel debe seguir este mismo modelo apostólico. Ningún predicador, independientemente de dónde sirva, es libre de reinventar la predicación. Si los púlpitos han de conocer la bendición divina, los que se paran detrás de ellos deben seguir este ejemplo atemporal de proclamar a Cristo, y a Él crucificado. Dios honrará a quien honre Su Palabra.

No importa cuál sea la audiencia

Ya sea que uno ministre en una gran ciudad o en un pequeño pueblo; ya sea que uno esté tratando de alcanzar a la élite cultural o a los analfabetos e indoctos; ya sea que uno esté involucrado en un ministerio de estudiantes o de adultos mayores; ya sea que uno lidere un ministerio de adultos solteros o imparta clases a jóvenes casados; en cualquiera de estos casos, Cristo crucificado debe ser el mensaje dominante. Con voz de trompeta para que todos escuchen, Jesucristo debe ser la nota que resuene en la predicación.

Esta verdad fundacional de Cristo, y Él crucificado, debe estar grabada en el alma de cada predicador. Esto es lo que Dios

exige de cada hombre al que Él llama a proclamar Su Palabra. El tema predominante en la predicación debe ser la persona y la obra de Cristo.

Pregunto: ¿este mensaje cristocéntrico describe tu predicación? ¿Eres conocido por proclamar a Cristo, y a Él crucificado? ¿Se resume tu ministerio en esta declaración concisa: predicamos a Cristo, y a Él crucificado?

La preeminencia y centralidad de Jesucristo deben ser una verdad en cada púlpito.

Un camino directo a la cruz

Un gran predicador que proclamó a Cristo crucificado con inigualable éxito fue el ministro británico del siglo diecinueve Charles Haddon Spurgeon. Este “Príncipe de los Predicadores” creía que Cristo debe ser el centro de atención de cada sermón. Cualquiera que fuera su pasaje, Spurgeon anunciaba: “Yo tomo mi texto y me voy directo a la cruz”.³ En otras palabras, cada vez que se paraba en el púlpito, era persistente en fijar firmemente la atención en Cristo, y en Él crucificado.

Un sermón sin Cristo, insistía Spurgeon, es un sermón sin gracia. Tal sermón, afirmaba, no tiene ninguna buena noticia que anunciar:

Un sermón sin Cristo es una cosa horrible, espantosa. Es un pozo vacío; una nube sin lluvia; un árbol dos veces muerto, arrancado de raíz. Es algo abominable dar a los hombres piedras en lugar de pan y escorpiones en lugar de huevos, pero es lo que hacen los que no predicán a Jesús. ¡Un sermón sin Cristo es como hablar de

un pedazo de pan sin nada de harina! ¿Cómo podría alimentar el alma? Los hombres mueren y perecen porque Cristo no está presente.⁴

La predicación que Dios honra

En palabras simples, Dios el Padre honra la predicación que honra a Su Hijo. Si nuestra proclamación se aleja de su glorioso foco, la bendición de Dios se alejará de ella. Dios abandonará la predicación que abandone a Cristo.

Por lo tanto, comprometámonos a predicar a Cristo, y a Él crucificado. Mientras estamos en nuestro púlpito, jamás perdamos de vista la cruz. Prediquemos siempre como si estuviéramos bajo la sombra del Calvario. Cristo crucificado debe permanecer como la materia central de todo lo que decimos.

Lo principal es mantener lo principal como lo principal; y eso sencillamente es predicar a Cristo.

HÁBIL PARLOTEO

La prohibición de la predicación mundana

Así que, hermanos, cuando fui a ustedes para anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con palabras elocuentes ni sabias (1 Corintios 2:1).



A un nivel alarmante, una cantidad cada vez mayor de predicación por estos días solo puede describirse como un “hábil parloteo”. En otras palabras, hoy en día el predicador tiene poco que decir, pero, lamentablemente, lo dice muy bien.

Este tipo de predicación superficial condesciende con el oyente y reemplaza la exposición con entretenimiento. Sustituye la teología por el teatro. Suplanta la sana doctrina con la sana entretención. En este lamentable trueque, el drama de la redención da lugar a un simple melodrama. Semejante predicación intrascendente ha convertido muchos púlpitos en un escenario de fin de semana para actores de poca monta disfrazados de predicadores.

Lo que se hace pasar por predicación en muchos púlpitos de hoy son poco más que sermoncillos para cristianillos. Sin duda el lector sabrá exactamente a qué tipo de sermón me refiero: 20 minutos de charla motivacional llena de clichés superficiales, consejos de autoayuda y eslóganes de calcomanías.

Peor que sus huecos discursos es su doctrina superficial. Ese tipo de presentaciones son terapéuticas, pero rara vez teológicas. Son entretenidas, pero no cautivantes; sagaces, pero no transformadoras. Su mensaje desnutrido es tan hueco que por ningún lado declara el texto bíblico anotado en el programa de adoración. Los oyentes con el alma hambrienta se quedan preguntando: “¿Eso es todo?”.

Lamentablemente, tal comida chatarra espiritual se ha convertido en el plato principal de muchas congregaciones demarcadas. El resultado es que incontables iglesias terminan débiles, mundanas y, lo que es peor, inconversas. Cuando la predicación se hunde al nivel donde es poco más que una charla de moda acerca de trivialidades temporales, la vida espiritual de la congregación entra en un nivel urgente de triage. La congregación necesita desesperadamente que la lleven de prisa a la sala de urgencias y le apliquen soporte vital.

Nada nuevo en la predicación

Predicaciones superficiales como esta no son ninguna novedad. Esto era lo que la iglesia de Corinto quería oír de parte de Pablo. Los corintios, modelados por su cultura, anhelaban que un orador entretenido ocupara su púlpito. Ellos exigían actores y comunicadores de suaves palabras que, con su estilo personal, pudieran convencerlos.

El mundo romano antiguo estaba sumergido bajo la cultura griega, donde la principal forma de entretenimiento era el imponente discurso de sus oradores públicos. Estos oradores eran las celebridades de la época. Eran los íconos del mundo del primer siglo. Su elocuente oratoria se consideraba la perla más valiosa de la cultura griega. Ellos poseían los lugares más altos de la sociedad en medio de un pueblo devoto.

Para los corintios, la retórica pública era algo elevado y noble, casi divino. Era una refinada forma de expresión artística que reemplazaba la salvaje violencia de las luchas de gladiadores y de los deportes bárbaros. Una oratoria pública era creada intencionalmente para asegurar la reacción específica que el orador deseaba de su audiencia. Este era el mundo en el que los corintios habían crecido. Y eso era en lo que ellos pedían del púlpito.

Resistencia a la cultura

Demasiado a menudo, se puede decir lo mismo de la predicación de hoy. Se dice del sermón moderno que es de un kilómetro de ancho y un centímetro de profundidad. Otros dicen que el predicador de hoy es alguien dulce que insta a sus dulces oyentes a seguir siendo dulces.

La iglesia de hoy haría bien en prestar atención a la advertencia de Pablo a los cristianos de Corinto. En nuestro tiempo, los predicadores deben resistir la tentación moldearse por manda-

tos culturales de una sociedad impía. Los oídos carnales siempre querrán ser fascinados y no confrontados, cautivados y no desafiados. Los que se paran tras el púlpito no deben ceder ante estas exigencias, sino mantener el estándar apostólico de predicación. Este modelo ha quedado por siempre grabado sobre piedra en el texto inspirado que tenemos ante nosotros.

DESAFÍOS EN CORINTO

Pablo enfrentó muchas dificultades en Corinto. De una forma u otra, cada una de ellas se debió al choque con la cultura griega. Bajo estas dificultades yacen las expectativas no cumplidas de la congregación corintia. Cuando el apóstol proclamó el evangelio por primera vez en Corinto, un grupo considerable respondió con fe en Jesucristo (Hch 18:8-11). Pero poco después de su partida, la actitud que muchos tenían hacia el apóstol en la iglesia comenzó a resentirse. El problema principal tenía relación tanto con la esencia como con el estilo de predicación del apóstol.

Ansiosos por tener un orador

Según los estándares elitistas de la oratoria antigua, Pablo distaba mucho de ser una figura imponente. Los corintios estaban habituados a la *euglotta* de sus oradores: el habla bella. Por ejemplo, de uno de estos oradores populares, Favorino, se dijo

que su elocuencia era tanto *sophos* (“sabia”) como *potiuos* (“dulce, agradable”). Se dice que él seducía a su audiencia con la entonación y la inflexión de la voz. Cautivaba a la gente con su mirada y la cadencia de su discurso. Se necesitaba un orador altamente dotado para impresionar a estos corintios ilustrados.

Pero a Pablo lamentablemente le faltaba aquello que los corintios deseaban. Le faltaba la expresión enérgica que potenciaba un estilo cautivante. Carecía de las frases irresistibles de la típica elocuencia griega. Era deficiente en la sofisticada elección de las palabras a la que los corintios estaban acostumbrados. Le faltaba la dicción apropiada y los movimientos de la voz para llevar a una multitud grecorromana a la risa o a las lágrimas. Apparentemente estaba falto de encanto personal y magnetismo seductor.

Incluso sentían ellos que el físico de Pablo no impresionaba a nadie. No había mucho que mirar en él. Sencillamente Pablo no estaba a la altura de lo que ellos buscaban en un orador público. A su parecer, este predicador viajero no estaba al nivel de su ciudad de mundana sabiduría.

El saboreo de un hábil orador

Lo que empeoraba aún más el problema era el hecho de que el ministerio pastoral de Pablo en Corinto fue continuado por Apolos, quien “era muy elocuente” (Hch 18:24). Para todo el mundo, Apolos era mucho más esmerado que Pablo en su estilo de predi-

cación. Este orador se había ganado rápidamente el corazón de los corintios como no había ocurrido con Pablo. El encaprichamiento con Apolos solo causó mayores divisiones en la iglesia, pues ahora muchos decían: “Yo soy de Apolos” (1Co 1:12). Pablo sabía que si regresaba a Corinto, probablemente las personas dudarían recomendarlo a sus vecinos y amigos.

Como Pablo carecía de lo que los corintios esperaban en cuanto a retórica, ellos marginaron su doctrina. No pudieron tolerar su estilo directo de presentación, sin florituras. A raíz de esto, no tomaron en serio la esencia de su predicación. Y por consiguiente, permanecieron mentalmente carnales y espiritualmente inmaduros. Pablo lamentó esta situación diciendo que solo podía hablarles “como a niños en Cristo” (1Co 3:1-2). Es decir, no pudo darles la sustancia de la Palabra, sino solo la leche.

Esto llevó a Pablo a abordar la obsesión de los corintios por la oratoria elevada. Tal capricho mundano estaba atrofiando su crecimiento espiritual en la gracia. Ellos habían sido víctimas de la búsqueda de estilo sobre esencia, y de retórica sobre doctrina. En consecuencia, su desarrollo en la verdadera piedad estaba siendo gravemente detenido. Sobre la iglesia de Corinto se había construido un techo de baja altura que detenía el proceso de madurez de las personas hacia la altura de la semejanza de Cristo.

Un problema que continúa hoy en día

Este duro desafío que enfrentó Pablo en Corinto es exactamente lo que muchos predicadores enfrentan hoy. Quienes se paran detrás del púlpito se encuentran bajo la presión de cumplir con las expectativas de una audiencia adicta al entretenimiento. Se ven tentados a ceder ante el deseo de ser populares ante los ojos del mundo. Sienten el impulso de alterar su estilo de presentación y de acomodar su mensaje con el fin de hallar aceptación en la cultura que los rodea.

En lugar de ello, los predicadores deben permanecer firmemente comprometidos con la proclamación de lo que Dios ha dicho en Su Palabra. Además, deben presentarlo como la Escritura indica que debe presentarse la verdad de Dios, independientemente de lo que dicte la cultura. Si bien siempre habrá diferencias de estilo de un predicador a otro, existen límites razonables dentro de los cuales un ministro puede variar respecto a la norma aceptable que enseña la Palabra. Todo aquel llamado por Dios a predicar debe mantener ciertas restricciones en su modo de hablar para que no ponga en juego el mensaje. En suma, el medio sí afecta el mensaje.

Martyn Lloyd-Jones, un antiguo ministro de Londres, resistió todas las presiones que le hacían para que adaptara su predicación al capricho de la época. Al reflexionar sobre su perspectiva del púlpito, el doctor usó una analogía tomada de su anterior profesión como médico. Al ser desafiado a ser más compatible con el pensamiento moderno, señaló: “Nunca dejo que el paciente escriba la prescripción”.¹ Con eso quería decir que nunca permitía que sus oyentes le dictaran qué o cómo debe predicar.

CÓMO NO SE DEBE PREDICAR

Al describir su propia predicación, Pablo comenzó con una potente negación. Aseveró enfáticamente la forma en que no vino a Corinto. El apóstol dijo: “Cuando fui a ustedes para anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con palabras elocuentes ni sabias” (1Co 2:1). Estas palabras hacen memoria del momento de la anterior visita de Pablo a Corinto en su segundo viaje misionero. Al reflexionar sobre su encuentro inicial, el apóstol niega rotundamente haber proclamado un mensaje mundano. Tampoco recurrió a los métodos inferiores de una retórica mundana, métodos que tanto apreciaban los corintios.

Si había una ciudad donde se podían utilizar estos dos recursos retóricos —“palabras elocuentes” y “sabiduría”—, era la ciudad de Corinto. Estos ciudadanos locos por la retórica aplaudían las habilidades oratorias superiores. Quedaban pasmados ante la proclamación pública de sabiduría humana. Si tan solo Pablo hubiera llegado armado con estos dos recursos, podría haber capturado fácilmente la atención de la ciudad. Grandes multitudes habrían corrido a escucharlo. Se habría presentado fácilmente ante auditorios repletos.

Si Pablo hubiera ido de puerta en puerta en Corinto, hubiera encuestado a la gente y le hubiera preguntado qué deseaban ver en una iglesia, la respuesta entusiasta habría sido: “Si nos dan

palabras elocuentes y sabias, entonces iremos”. Ellos se reunían en masa para escuchar a aquellos oradores que empleaban estos populares recursos. Pero Pablo no recurrió a tácticas huecas. Rehusó de plano emplear técnicas mundanas para intentar ganarse una audiencia. Esta *no* es la forma en que presentó el evangelio a la gente de Corinto.

Ningún predicador de hoy puede ceder a ese tipo de transigencia. La confianza en los métodos carnales está estrictamente prohibida para quienes han sido comisionados por Dios. Este modo inferior de discurso está indiscutiblemente vedado para todos los siervos de Dios. La bendición del cielo no acompañará la predicación que se haga de manera mundana.

No con palabras elocuentes

Cuando Pablo mencionó las “palabras elocuentes”, se refería a las técnicas mundanas de discurso público. Él estaba pensando específicamente en aquellos métodos tomados de los oradores griegos de ese entonces. A solo setenta kilómetros de Corinto estaba la ciudad de Atenas, la cuna de la filosofía griega y el epicentro de su refinada cultura. Allí es donde nacieron y vivieron los grandes filósofos. Allí es donde los grandes oradores aprendieron sus habilidades oratorias. Debido a su gran proximidad, lo que nacía en Atenas pronto se presentaba en el teatro público de Corinto.

Rechazo a las palabras elevadas

La frase “palabras elocuentes” se refiere a un discurso “elevado”. Alude a un tipo de discurso que se comunica con el uso de palabras grandilocuentes o de una retórica altisonante. Hoy podríamos decir que un orador de este tipo usaba palabras rimbombantes o un lenguaje pretencioso.

Pablo rehusó decididamente predicar de esta forma. Él afirmó: “Yo no llegué hablando con aires de superioridad. No llegué presumiendo de inteligencia con palabras ilustradas”. El apóstol afirmó enfáticamente que no confiaba en el discurso encumbrado ni en la retórica imponente para sorprender a los corintios. Si esa hubiera sido la fuente de su atractivo, él sabía que de seguro perdería a su audiencia cuando llegara el siguiente orador deslumbrante a la ciudad.

Cuando Pablo dijo que no vino “con palabras elocuentes”, quiso decir que no se comunicaba como los oradores griegos. Él no adulaba a sus oyentes ni empleaba calculadas técnicas para manipular a la gente. Él no echó mano de tácticas retóricas ni tonos vocálicos entrenados con el objetivo de hipnotizar a unos corintios fáciles de embobar.

Pablo no recurrió a estrategias de debate aprendidas ni a gestos imponentes para presentar sus ideas. Tampoco utilizó una retórica llena de florituras ni usó habilidades de actuación aprendidas en Atenas. No se puso una máscara pretenciosa, como si estuviera sobre el escenario, para representar un personaje. No se presentó como alguien que no era. En palabras sim-

ples, el apóstol no usó el arte del habla esmerada con el fin de conseguir una respuesta del público.

No se *permiten trucos*

Pablo dijo tajantemente: “Ustedes saben que yo no llegué agasajando sus oídos como hacen otros oradores. Yo no traté de explotarlos”. El apóstol obviamente no aceptaba la trillada frase que muchos repiten hoy en día: aunque el mensaje es el mismo, tenemos vía libre para cambiar el método. Al contrario, Pablo sostuvo que no solo el mensaje está establecido por Dios, sino también los parámetros de cómo se da el mensaje. Los predicadores no deben depender de técnicas ni de astucia humanas.

Lamentablemente, demasiado a menudo la predicación es una parodia del mismo acercamiento que Pablo se rehusaba a adoptar. El mensaje del evangelio es “empacado” con mucha destreza y “vendido” con delicadeza al “mercado” a fin de “mover el producto”. En esta burda perspectiva, los pecadores son considerados “clientes” y la predicación una “táctica de venta” evangelística. Los sermones se elaboran como inteligentes “promociones” con el propósito de “cerrar el trato” con los “potenciales compradores”. De ser necesario, los predicadores usarán cualquier enfoque “amigable con el usuario” que a su juicio “enganche” al “consumidor”. Con este enfoque en la predicación centrado en el hombre, está de moda la presentación del evangelio con el método de venta sutil.

Aquellos que conciben su ministerio de predicación de esta forma recurrirán a todo tipo de trucos de evangelismo con la intención de hacer crecer sus iglesias.

Todo esto se hace para que el púlpito esté al día y a la moda, con la esperanza de reunir multitudes y seguidores. Está claro que el liderazgo de la iglesia ha puesto su confianza en la locuacidad del mensajero más que en la seriedad del mensaje. ¿Pero es eso lo que la Escritura manda que hagan los predicadores? ¿Es así como Dios comisiona a Sus siervos que alcancen al mundo? La respuesta es un rotundo no.

Dios prohíbe estrictamente tales “palabras elocuentes”. Cuando el apóstol Pablo explicó su forma de ministerio a los corintios, estableció un modelo intemporal para todos los predicadores en cada generación: así es como los hombres *no* deben predicar la Palabra de Dios. Debemos rechazar semejante fruto prohibido, que está podrido hasta la médula. En palabras simples, a Dios le importa cómo se presenta Su Palabra.

No con sabiduría mundana

Más allá de su discurso, Pablo les recordó a los corintios que su visita no fue con “sabiduría”. Aquí se refería a la sabiduría humana de las cosmovisiones seculares. Él dijo: “Yo no fui a ustedes con filosofía mundana”. En el mundo antiguo, la “sabiduría” pertenecía a la filosofía griega. De hecho, el término griego *filosofía* significa literalmente “amor a la sabiduría”. Tal perspecti-

va pretende construir una cosmovisión que le da sentido a la vida sin considerar a Dios.

Pablo no trató de sazonar su mensaje citando a filósofos griegos como Homero, Platón, Aristóteles o Sócrates. No se apoyó en perspectivas antropocéntricas del mundo. Rehusó añadir una gota del contaminado pensamiento humano a la transparente pureza del evangelio.

Cuando Pablo dijo que rehusaba recurrir a la sabiduría humana, quiso decir que no apelaría a ideologías seculares derivadas de las filosofías griegas. “Palabras elocuentes” aluden al estilo de su discurso y “sabiduría” a su esencia. Lo primero se refiere al método de comunicación; lo último al contenido. En otras palabras, “sabiduría” es lo que se dice y “palabras elocuentes” es cómo se dice. Pablo rechazó categóricamente ambas cosas.

Rechazo de la sabiduría humana

Cuando Pablo habló a los corintios, no ofreció un diagnóstico mundano a la condición espiritual del hombre —que está bien de salud o enfermo, pero no muerto en realidad. Tampoco ofreció las prescripciones del mundo para curar a pacientes atormentados por el pecado. La medicina mundana no sana a los muertos; solo prolonga la muerte. Si Pablo hubiera practicado tal medicina, habría sido culpable ante el tribunal del cielo por negligencia ministerial.

Hay que admitir que la filosofía griega hacía muchas de las preguntas correctas respecto a la vida. ¿De dónde vine? ¿Quién soy? ¿De qué se trata la vida? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es el significado? ¿Qué es la verdad? ¿Cómo puedo hallar la felicidad? ¿Cómo debería vivir?

Además, la filosofía formulaba las preguntas correctas acerca de la otra vida. ¿Qué es la muerte? ¿A dónde voy después de morir? ¿Qué sucede al morir? ¿Estaré con Dios? ¿Seré aceptado por Él?

Pero los filósofos griegos no lograban dar las respuestas correctas a estas preguntas sobre la vida llenas de curiosidad. Ellos recurrían a su propia percepción limitada y proporcionaban perspectivas mundanas, muy similar a lo que hacen muchos predicadores hoy en día.

Pablo condenó tajantemente este enfoque corrupto en la predicación. El apóstol les aseveró a los corintios: “Yo no fui a ustedes de esa forma. No les hice un diagnóstico mundano de sus problemas”. Al contrario, Pablo no tenía nada que decir aparte de la Palabra de Dios. Sus labios solo decían lo que Dios le había confiado. La cultura no le ofrecía nada digno de proclamar ni de creer. En lugar de ello, el apóstol se apoyó exclusivamente en la sabiduría divina para su predicación.

LA SABIDURÍA QUE DIVIDE

Pablo fue fiel en predicar la salvación solo en Cristo. No le tembló la voz. No hubo vacilación en sus palabras. No con esta verdad innegociable. Su mensaje fue fuerte y claro. La muerte de Cristo que cargó el pecado era el tema dominante de su predicación. La cruz era la materia principal de su ministerio. La obra salvadora de Cristo en Su muerte sustitutiva era la verdad central de su doctrina.

En los días de Pablo la gente pensaba que la cruz era una verdadera tontería. Muchos consideraban que el mensaje de salvación solo en Cristo era una locura, incluso dentro de la iglesia. Podemos entender una respuesta espiritualmente ciega como esa de parte del mundo. ¡Pero no de la iglesia! Aun así, eso era lo que enfrentaba Pablo.

Pablo afirma que, para los que realmente creen, Cristo crucificado es poder y sabiduría de Dios. En el capítulo anterior escribe: “El mensaje de la cruz es ciertamente una locura para los que se pierden, pero para los que se salvan, es decir, para nosotros, es poder de Dios” (1Co 1:18). Según este texto, la cruz es la línea divisoria de toda la humanidad. El mensaje de Cristo crucificado separa a la raza humana en dos grupos distintos. Cada persona en el mundo o se está perdiendo o es salva. Esta gran división que crea la cruz debe ser el mensaje dominante de cada verdadero predicador.

Dios desprecia la sabiduría humana

A medida que Pablo desplegaba su argumento, anunció el absoluto desdén de Dios por la sabiduría humana. Citó de Isaías 29:14, donde Dios mismo es el que habla. Declaró: “Está escrito: ‘Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la inteligencia de los inteligentes’” (1Co 1:19). En términos inequívocos, Pablo denunció toda sabiduría humana que intentaba reemplazar o complementar la revelación divina. Dios no tolerará ninguna sabiduría rival de este tipo.

Que quede claro, estas dos escuelas de sabiduría —la de Dios y la del mundo— no pueden coexistir, sino que se oponen entre sí. Dios desprecia la sabiduría de este mundo. Dios se opone completamente a la aventura amorosa del hombre con su propia razón. Aquí, Dios promete que reducirá todo el pensamiento humanista a nada. Él ya ha juzgado tal sabiduría y la ha condenado. El Señor expondrá todos los racionios seculares como lo que realmente son: nada más que mentiras que llevan a la condena-ción.

En su arrogante demencia, los hombres pretenden ser más sabios que Dios al afirmar su propio pensamiento y aproximación a la vida. Y quienes escuchan a tales hombres acuden en masa a los pozos derrumbados de su filosofía humanista buscando las respuestas de la vida. Pero lo único que descubren son estanques vacíos que se mofan de su sed.

Toda sabiduría humana es insensata y condenatoria. Y Dios expone su total necesidad. Lo que parece ser locura en la cruz, en realidad es infinitamente más sabio que los más sabios según su propio pensamiento. La aparente debilidad del Cristo crucifica-

do es más fuerte que lo que los más fuertes pueden ofrecer en su propio pensamiento. Por medio de la predicación de la cruz, Dios destruye la sabiduría de los sabios. Por medio del Cristo crucificado, Dios desecha la inteligencia de los inteligentes.

Dios se burla de los sabios

El infinito genio de Dios en la cruz hizo que Pablo se mofara de los sabios de este mundo. Los reprendió: “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el que escudriña estos tiempos?” (1Co 1:20). Estas preguntas retóricas implican respuestas tan obvias que no necesitan responderse. No hay ningún sabio autoproclamado en este mundo que pueda rebatir el asombroso genio de Dios en la cruz. Nadie puede comparar su sagacidad con la absoluta genialidad de Dios.

Todas las ideologías humanas están en bancarrota espiritual. Están empobrecidas en su incapacidad para salvar. Solo Dios es el Autor de la sabiduría salvadora. Cada predicador debe estar profundamente convencido de esta realidad, o no tiene derecho al púlpito. Debe predicar la verdad de Dios en el evangelio, o será un instrumento para la condenación de las almas de los hombres.

Sin vacilación ni timidez, Pablo intensificó su ataque contra la sabiduría mundana. Afirmó: “Dios, en Su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana” (1Co 1:21 NVI). Con esto Pablo declaró que la sabiduría del

hombre jamás puede llevar ante Dios a ninguna persona. La sabiduría humana es un camino ancho hacia la destrucción, y nunca será el camino angosto hacia la vida. Cualquier religión sin la exclusividad de la cruz solo conduce a juicio eterno. En su vana necesidad, los hombres pecadores perecen en la incredulidad.

Acto seguido Pablo reconoció los dos tipos de incrédulos que rehusaban la cruz en sus días. Primero, los judíos religiosos querían una religión de poder. Anhelaban un Mesías libertador. Deseaban un líder político que rompiera el yugo de la opresión romana. Pablo dijo: “Los judíos piden señales” (1Co 1:22). Israel buscaba a uno que restaurara su nación a su estado teocrático. Ellos buscaban a uno que inaugurara la estabilidad política y la independencia de Roma. Lo último que querían era un Salvador del pecado y del juicio.

Además, Pablo explicó que los gentiles querían una filosofía brillante. Él escribió: “Los griegos van tras la sabiduría” (1Co 1:22). Es decir, el mundo gentil buscaba una nueva cosmovisión. Ellos querían una nueva perspectiva de la vida. Les intrigaban las formas creativas de mirar al mundo. Querían ser estimulados intelectualmente por una nueva filosofía.

Pero no estaban interesados en un Salvador, ciertamente no en uno que pudiera salvarlos de la ira divina. A pesar de su capricho carnal, Pablo rehusó darles lo que ellos querían. Más bien, permaneció fiel al evangelio y predicó la cruz.

Las huecas sutilezas de la filosofía

En otro lugar, Pablo advirtió a los creyentes sobre adoptar cualquier forma de sabiduría humana: “Cuídense de que nadie los engañe mediante filosofías y huecas sutilezas, que siguen tradiciones humanas y principios de este mundo, pero que no van de acuerdo con Cristo” (Col 2:8). Se debe evitar absolutamente la filosofía, advierte el apóstol, porque atrapa a sus seguidores con “huecas sutilezas”. Las perspectivas humanistas de la vida pueden parecer profundas, pero, en realidad, son solo una reafirmación de los principios elementales del hueco pensamiento del mundo.

Pablo escribió que tales cosmovisiones autoconcebidas “siguen tradiciones humanas”. Su mentalidad secular no es otra cosa que el ciego razonamiento humano perpetuado de generación en generación. Es el mismo viejo veneno, pero con nueva etiqueta. Sobre este engaño, Salomón escribió: “Hay caminos que el hombre considera rectos, pero que al final conducen a la muerte” (Pro 14:12). La filosofía humana siempre conduce a la muerte espiritual y a la destrucción eterna, sin excepciones.

La proclamación del testimonio de Dios

A pesar de que los corintios pedían urgentemente oír sabiduría, Pablo rehusó satisfacer sus demandas. Más bien, insistió en la proclamación exclusiva de la revelación divina en la cruz. Permaneció firme y fiel al mensaje eterno que identificaba como “el

testimonio de Dios” (1Co 2:1). El poder, aseveró Pablo, está en la profunda verdad de la cruz.

En lugar de imitar los mensajes culturales de la ciudad, Pablo vino a Corinto proclamando el testimonio de Dios. Al apóstol le preocupaba tanto el estilo (“anunciarles”) como la esencia (“el testimonio de Dios”) de lo que Dios requería en su ministerio de predicación. El “anuncio” del mensaje describe la *manera* en que él proclamaba la verdad. Pablo vino a Corinto y declaró con fuerza el mensaje divino de salvación. En un marcado contraste con los que ofrecían filosofías mundanas, él vino anunciando la verdad no adulterada del cielo. Por ningún motivo recurrió a las “palabras elocuentes”. El evangelio debe ser declarado en toda su pureza, no diluido con la sabiduría humana.

En lugar de prescribir opiniones humanas, Pablo anunció “el testimonio de Dios”. Declaró la verdad pura de Dios mismo. El apóstol se vio a sí mismo como un mero portavoz de lo que Dios tenía que decir.

¿QUÉ SUCEDIÓ CON LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO?

Al mirar a nuestro alrededor, pareciera que este es un tiempo inmensamente exitoso para la predicación del evangelio. A fin de cuentas, las megaiglesias prosperan por doquier. Algunos centros de adoración se jactan de asistencias de más de veinte mil personas cada semana. Incluso una de estas masivas congrega-

ciones ha hecho su lugar de reunión en un estadio de básquetbol de la NBA. Las conferencias cristianas llenan enormes estadios para dar sus noches de enseñanza. La televisión cristiana transmite programas a todo el mundo vía satélite. Pareciera que la predicación tiene más influencia que nunca.

No todo es oro

Con todo, la iglesia de hoy no es tan saludable como parece. No todo lo que brilla es oro. James Montgomery Boice, quitando esta fina cáscara de popularidad evangélica, escribió: “El mundo evangélico de hoy está gravemente extraviado porque ha abandonado su herencia de la verdad evangélica [...] En lugar de tratar de hacer la obra de Dios a la manera de Dios, está tratando de construir un próspero reino terrenal con herramientas seculares”.² Tal es la impotencia de la sabiduría humana en el púlpito moderno.

La Palabra lo hizo todo

Qué gran contraste hay entre esta situación y lo que sucedió durante la Reforma, que se expandió por toda Europa durante el siglo dieciséis y le dio un vuelco al continente. Los reinos se tambaleaban. Roma temblaba. La iglesia estaba despertando. Le pidieron a Martín Lutero que explicara este éxito. El gran reformador respondió con una inalterable confianza en el poder de la Pa-

labra de Dios: “Yo solo enseñé, prediqué y escribí la palabra de Dios; aparte de eso no hice nada. Y mientras dormía [...] la Palabra debilitó tanto al papado que ningún príncipe ni emperador le infligió alguna vez tales pérdidas. Yo no hice nada; la Palabra lo hizo todo”.³ Este movimiento, dijo él, estaba fundado sobre el inconmovible cimiento de la verdad de Dios.

Nada ha cambiado en los últimos 500 años. Hoy en día, los predicadores aún deben confiar exclusivamente en el poder de la Palabra dentro de su ministerio. ¿Es esta tu confianza mientras sirves al Señor? ¿Te apoyas solo en el testimonio de Dios en tu predicación? Si es así, estás en buena compañía. Vas por el mismo camino por el que va el apóstol Pablo y una innumerable cantidad de otras personas que estremecieron este mundo para Dios.

LA NECESIDAD DEL MOMENTO

Voy a ser claro: a Dios le importa *qué* se predica. Y le importa *cómo* se predica. Ningún hombre es libre de predicar lo que decida y como lo decida. Cada mensajero designado por Dios está bajo un estricto mandato de presentar la verdad de una manera que se conforme a lo que Pablo declaró en 1 Corintios 2:1-9.

La predicación que Dios bendice implica la proclamación del “testimonio de Dios”. En el púlpito las “palabras elocuentes” no tienen cabida. Tampoco hay cabida para la sabiduría humana.

Un mensaje carnal entregado con un discurso carnal debe ser rechazado a toda costa. El evangelio jamás debe difuminarse con proclamaciones carnales.

No condescendamos con los tiempos en que vivimos. Más bien prediquemos la Palabra con valor. No confiemos en artilugios humanos. Más bien descansemos en el poder salvador del propio evangelio.

UN TEMA DOMINANTE

La preeminencia de Cristo en la predicación

Al estar entre ustedes me propuse no saber de ninguna otra cosa, sino de Jesucristo, y de Este crucificado (1 Corintios 2:2).



En toda predicación debe haber un tema dominante. Desde cada púlpito debe resonar una nota sobresaliente. En cada mensaje se debe exponer una verdad central. De una forma u otra, esta verdad profunda debe ser Cristo, y Él crucificado. Solo el Señor Jesucristo debe ocupar el lugar central de cada sermón.

La esencia del cristianismo está centrada en Cristo. La cuestión central de ser cristiano es confiar en Cristo con todo su ser. La cúspide de la vida cristiana es adorar a Cristo, su profundidad es amarlo, su ancho es obedecerle y su largo es seguirlo. Todo en la vida cristiana gira en torno a Cristo. En palabras simples, el cristianismo es Cristo.

UN ENFOQUE ÚNICO

Toda la Biblia se enfoca en Jesucristo, quien vino al mundo a salvar a los pecadores. De tapa a tapa, toda la Escritura habla al

unísono de la primacía de Su muerte salvífica. Este es el potente latido del Antiguo y del Nuevo Testamento, que bombea vida divina al alma de las personas. Predicar la Biblia significa, en esencia, predicar a Cristo, y a Él crucificado.

Predominio de Cristo en la predicación

Puesto que Cristo es preeminente a través de toda la Escritura, Él debe sobresalir en la predicación bíblica. La adecuada predicación de la Biblia precisa de la fiel proclamación de Cristo. La fiel proclamación de la Palabra escrita exige que prediquemos la Palabra viva. Toda predicación bíblica debe anunciar a Cristo como su tema dominante. Puesto que la Biblia es tan cristocéntrica, así también la verdadera predicación debe ser cristocéntrica.

Teniendo esto presente, Pablo explica que el tema predominante de su predicación es Cristo, y Él crucificado. La cruz es la esencia de la teología y de la predicación del apóstol. Tal enfoque cristocéntrico es el mandato para cualquiera que se pare detrás de un púlpito. Cristo *debe* ser la materia principal de toda predicación.

Este es el énfasis de Pablo en 1 Corintios 2:1-9. Habiendo ya examinado el verso 1 en el capítulo anterior, pasemos al verso 2.

EL MENSAJE QUE ENTREGÓ PABLO

En el verso 2, Pablo aseveró: “Al estar entre ustedes me propuse no saber de ninguna otra cosa, sino de Jesucristo, y de Este crucificado”. Con esta declaración, Pablo sostuvo que estaba firmemente decidido a ser cristocéntrico en su predicación. Él no podía ser desviado hacia una materia inferior. A él no le importaba lo que deseara su audiencia. A pesar de los caprichos de los corintios, Pablo les dio a Cristo.

A Pablo no le preocupaba cómo lo recibían las distintas ciudades en sus viajes misioneros, tampoco le importaban las opiniones populares ni la percepción de los demás. Frente a las diversas voces disonantes, el apóstol permaneció inalterablemente determinado a predicar a Cristo crucificado.

Una sola idea en mente

El estrecho enfoque de Pablo se refleja en esta oración: “Me propuse” (en griego, *krino*), que significa “juzgar de manera judicial y solemne”. Conlleva la idea de “dar un veredicto” o de “dictar sentencia”. En este contexto, “me propuse” significa que Pablo había dado un tenaz veredicto de seguir esta forma de proceder. Él estaba firmemente decidido y sólidamente anclado. Se había dispuesto a predicar a Cristo. De este mensaje no podría ser desviado.

Cuando Pablo dijo: “Ninguna otra cosa”, quiso decir que no predicaba *nada más* que a Jesucristo y la centralidad de Su cruz.

La esencia de su predicación entre los corintios fue Jesucristo, y Él crucificado. Sin duda, Pablo predicó “todo el propósito de Dios” (Hch 20:27), dando a conocer todas las doctrinas que Dios le había revelado. No obstante, dijo: “No sé de ninguna otra cosa, sino de Jesucristo, y de Este crucificado”. Cada área de la verdad divina que le fue revelada estaba cimentada en la primacía de Cristo crucificado.

Esta declaración implica que Pablo no sabía nada de la sabiduría humana de los filósofos griegos. Él no repetía los discursos mundanos de la filosofía humanista. Nunca proclamó psicología ni sociología humanas. Tampoco pregonó el humanismo secular ni la religión comparativa. Él no sabía nada de pensamiento positivo ni de charlas motivacionales. Pablo resolvió no saber nada más que no fuera Jesucristo, y Él crucificado.

Un enfoque único en la predicación

Con firme determinación, Pablo vino a Corinto con el solo propósito de dar a conocer al Hijo de Dios crucificado: Jesucristo. Él planteó de manera concisa su mensaje fundamental cuando dijo: “Predicamos a Cristo crucificado” (1Co 1:23). Anunció sin avergonzarse que el centro gravitatorio de su predicación era la muerte salvadora de Jesucristo. Aunque este mensaje es ofensivo para la mente incrédula, para todos los que creen es gloriosa. Aunque para los corintios es locura, la cruz es el poder de Dios para salvación de todos los que rinden su vida a Cristo.

Predicar a Cristo, y a Él crucificado, significa proclamar a la persona de Cristo y el poder de Su muerte. Tal declaración engrandece la suficiencia de Su muerte sustitutoria para salvar a los pecadores. No se debería permitir ningún otro énfasis que se aleje de esta verdad primordial de que Jesús alcanzó la salvación en Su sacrificio por los pecadores. Con Su muerte expiatoria, Jesús ha redimido a todos los que ponen Su confianza en Él.

Con Su muerte sustitutoria, Jesús no hizo solo hipotéticamente posible la salvación dependiendo de la respuesta del ser humano. Él *efectivamente* salvó a un número definido de pecadores. La verdadera predicación declara la cruz como el único medio de salvación. Los que antes eran esclavos del pecado ya han sido redimidos por la sangre de Cristo.

Este tipo de predicación devela constantemente los atributos de Dios en la muerte de Su Hijo. Tal predicación exalta la soberanía de Dios en la muerte de Su Hijo. Toda predicación debe proclamar audazmente que el Dios santo se reconcilia con los hombres pecadores por medio de la sangre del Cordero.

El tema dominante

Martín Lutero estaba comprometido con esta predicación directa. El punto focal de su predicación era la verdad de que la salvación es *solus Christus* —solo en Cristo. Él sostuvo: “Yo predico como si Cristo hubiera sido crucificado ayer, hubiera resucitado

hoy ¡y fuera a volver a la tierra mañana!”¹ Él predicaba incansablemente a Cristo en su exposición de la Escritura.

Muchas personas usualmente asocian la predicación de Lutero con el libro de Romanos y la justificación por la fe. Sin embargo, él solo predicó 30 sermones sobre esta epístola. Lo que muchos no saben es que este paladín de la fe predicó más de mil sermones sobre los Evangelios sinópticos enfocados directamente en Cristo. Además, predicó otros cientos del Evangelio de Juan. Lutero predicó más sobre Juan en un año de lo que predicó sobre Romanos en todo su ministerio.

¿Qué podría explicar, en la predicación de Lutero, tan fuerte énfasis en Cristo? Lutero se dio cuenta de que los cuatro Evangelios eran un depósito inagotable de verdad que revelaba a Cristo. Escribió: “Siempre lo predicamos a Él, el verdadero Dios y hombre que murió por nuestros pecados, y volvió a levantarse para nuestra justificación. Puede que parezca una materia limitada y monótona que pronto podría agotarse, pero nunca llegamos al final de ella”.² Lutero sabía que predicar a Cristo era una materia ilimitada.

En otra ocasión, Lutero afirmó: “Los predicadores no tienen otra función más que predicar claramente al Hijo, Cristo. Que se preocupen por predicar de este modo, o que guarden silencio”³. Con esto, Lutero reveló que se gloriaba en presentar a Cristo en Su persona y obra. No tenía nada que decir aparte de Jesucristo. Cada sermón que no lograba presentar a Cristo fracasaba miserablemente.

Si va a haber una nueva Reforma en nuestros días, debe ha-

ber una reforma del púlpito. Tal restauración implicará restaurar a Cristo para que sea el foco principal del púlpito. Debemos volver decididamente a hacer de Cristo el punto focal de toda predicación.

PREDICACIÓN DE CRISTO CRUCIFICADO

Para Pablo, predicar a Cristo crucificado significaba que debía proclamar a la persona de Cristo como plenamente Dios y plenamente hombre. A la vez, Pablo predicaba la obra salvadora de Cristo en la cruz. Este era el mensaje que Dios le había confiado. Nunca se desvió de este mensaje a otro distinto ni con otro énfasis, sino que permaneció fiel a este evangelio.

La persona suprema de Cristo

Pablo declaró concisamente que predicaba a Jesucristo (1Co 2:2). Esta proclamación incluía específicamente declarar que Jesús es el eterno Hijo del Dios viviente, el Creador increado que trajo todo a existencia desde la nada. Pablo enseñó que Jesús posee todos los atributos divinos que le pertenecen exclusivamente a Dios. Al ser plenamente Dios, Jesús es igual y coeterno con Dios el Padre y con Dios el Espíritu.

Además, el apóstol enseñó que Jesús tomó una humanidad sin pecado en Su nacimiento virginal. Concebido por el Espíritu

Santo en María, Jesús se convirtió en el Dios-hombre, pero sin pecado.

Pablo predicó que, durante Sus días en la tierra, Jesús vivió bajo la ley (Gá 4:4) y la cumplió perfectamente. Él fue el modelo perfecto de toda justicia, el gran profeta prometido por Moisés (Dt 18:15) y el mayor expositor de la ley. En Su ministerio público, demostró ser el Hijo de Dios a través de muchos milagros, señales y maravillas (Hch 2:22). Sin duda, la esencia de la predicación de Pablo era proclamar a la gloriosa persona de Cristo.

La obra salvadora de Cristo

Pablo también fue fiel a la proclamación de la obra salvadora de Cristo en la cruz. El apóstol anunció que Jesús hizo un sacrificio perfecto por los pecados del hombre al hacerse maldición por los pecadores (Gá 3:13). Enseñó que la muerte salvadora de Cristo en la cruz era suficiente para todos los que invoquen Su nombre.

Los eternos beneficios de la muerte de Jesús son “nuestra sabiduría, nuestra justificación, nuestra santificación y nuestra redención” (1Co 1:30). Es decir, la sabiduría de la cruz declara que Cristo proveyó perfecta justicia, santificación purificadora, y redención de la esclavitud del pecado y Satanás. Como administrador de Dios, Pablo estaba bajo el mandato divino de predicar estas verdades con inalterable devoción. Debía resistir cualquier distracción que lo empujara a otro lado. Nunca debía desviarse de la cruz.

¿Es Jesucristo el tema dominante en tu predicación? En el púlpito, ¿engrandeces Su señorío y Su obra salvadora? En tu ministerio, ¿diriges a tus oyentes continuamente a Cristo? ¿Llamas a los demás a rendir a Él sus vidas?

UN FIEL MENSAJERO

Como predicador, Pablo era un heraldo del Cristo crucificado designado por Dios. Ser un heraldo es totalmente distinto a ser un orador. Un heraldo solo es juzgado por entregar fielmente el mensaje exacto que le ha sido confiado. Él no es responsable de la respuesta del oyente. Su trabajo más bien consiste en entregar el mensaje. En tanto que el orador es evaluado por la respuesta que logre obtener de sus oyentes, no es así con el heraldo. Un orador está motivado por los resultados, mientras que un heraldo está motivado por el mensaje.

Un portavoz de su maestro

Según la definición de Gustav Friedrich en el *Theological Dictionary of the New Testament* [Diccionario Teológico del Nuevo Testamento], un heraldo (*keryx* en griego) es alguien fiel en entregar el mensaje tal como se le ha dado. Friedrich escribe:

El punto esencial acerca del informe que ellos [los heraldos] dan es que este no tiene su origen en ellos. Detrás del mensaje hay un poder superior. El heraldo no expresa sus propias posturas. Él es el portavoz de su amo [...] Los heraldos adop-

tan la mente de quienes los comisionan, y actúan con la autoridad de embajador que le otorgan sus amos [...] En general, el heraldo simplemente entrega breves mensajes, hace preguntas, y lleva respuestas [...] Él está obligado por las instrucciones específicas de quien lo comisiona.⁴

Al llevar a cabo su misión, el heraldo confiable jamás debe desviarse. Debe anunciar solamente el mensaje que se le ha entregado, y luego regresar al soberano que lo envió para recibir nuevas órdenes. Respecto al rol del heraldo, Friedrich explica:

El buen heraldo no se involucra en extensas negociaciones, sino que cuando ha entregado su mensaje regresa de inmediato [...] Él es solo un instrumento ejecutor. Por ser solo la boca de su amo, no debe falsificar el mensaje que se le ha confiado con añadidos propios. Él debe entregarlo exactamente como se le dio [...] Debe atenerse estrictamente a las palabras y a las órdenes de su amo.⁵

Así es precisamente como se veía Pablo. Él era un heraldo que debía atenerse estrictamente al mensaje que se le había dado. Dios lo había comisionado con el mensaje de Cristo crucificado. Debía proclamar esta verdad. Pese a las expectativas de los corintios, Pablo entendía que no debía remodelar el mensaje a fin de hacerlo más atrayente con la esperanza de ganarse a su audiencia. Para el apóstol, el mensaje del evangelio estaba indeleblemente grabado en piedra. Pablo sabía que no podía alterar su mensaje ni manipular a sus oyentes para lograr algún efecto deseable. Él debía entregar lo que se le había dado, y dejar los resultados a su Señor.

Dejarle los resultados a Dios

Tras entregar su mensaje, un heraldo encontrará variadas respuestas por parte de su audiencia, pero estas no deben preocuparle. Independientemente de cualquier aceptación que él pudiera desear de su audiencia, no debe permitir que el resultado deseado afecte la entrega de su mensaje. Debemos reconocer que, a fin de cuentas, la respuesta de una audiencia a un mensaje refleja su actitud hacia *quien envía* el mensaje, no hacia el mensajero. Un heraldo no puede, bajo ninguna circunstancia, alterar su mensaje con el fin de obtener una mejor respuesta. Tampoco puede negociar el mensaje a fin de hacerlo más agradable.

Esto implica que un heraldo no puede estar motivado por el éxito, sino por la obediencia. Él es un hombre reclutado bajo las órdenes de su soberano. Su tarea se restringe específicamente a anunciar el contenido del mensaje y declarar la respuesta requerida de los oyentes. En lugar de presentar un montón de argumentos persuasivos, debe declarar el mensaje que se le ha dado y volver a informar a quien lo ha comisionado.

Teniendo esto presente, a Pablo le pareció necesario corregir la errada noción que tenían los corintios de un predicador. Si Pablo no rectificaba esta percepción errada, la vida cristiana de ellos seguiría siendo carnal e inmadura. Además, su iglesia se estancaría.

Como heraldo, Pablo sabía que debía entregar el mensaje que Dios le había dado y dejarle los resultados al Señor. No le debía importar a Pablo si algunos lo malinterpretaban o si otros se

burlaban. Él tenía que aceptar su rol y llevar a cabo su deber sagrado. Él no tenía que responder ante los corintios; tenía que rendirle cuentas a Dios mismo.

¡Qué responsabilidad tiene cada predicador ante Dios! Cada heraldo que sube a un púlpito es directamente responsable ante quien lo comisionó para la tarea. Si complace a Dios, no importa a quién desagrade. Y si lo desagrade a Él, no importa a quién complazca.

LA DIVISIÓN DE LA CRUZ

Pablo dijo: “El mensaje de la cruz es ciertamente una locura para los que se pierden, pero para los que se salvan, es decir, para nosotros, es poder de Dios” (1Co 1:18). Con ello Pablo quiso decir que la cruz divide a toda la humanidad en solo dos grupos. Para el incrédulo, la cruz es locura. Pero para el creyente, es el poder de Dios. La cruz separa a la gente del mundo en esas dos categorías.

Locura para el mundo

Pablo dijo que el evangelio es “locura” para los no salvos. Esta palabra (*moros* en griego) se refiere a alguien sin la capacidad intelectual para procesar información y sacar conclusiones correctas. Pablo asevera que, para la mente no convertida, la verdad

respecto a un Salvador crucificado es tonta. Tal mente considera que la proclamación de la muerte de Cristo es estúpida e incluso una demencia insana.

Respecto a esta locura, Pablo escribió: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son una locura; y tampoco las puede entender, porque tienen que discernirse espiritualmente” (1Co 2:14). Es decir, la predicación de la cruz sigue siendo una insensatez para el hombre natural, quien solo ha experimentado un nacimiento natural, no uno espiritual.

La predicación de la cruz siempre es locura para el mundo no salvado. No obstante, muchos predicadores contemporáneos no quieren que el mensaje suene absurdo para los no convertidos. Con el deseo de ser aceptados, se vuelven a las “palabras elocuentes” a fin de ganar popularidad. Adoptan la sabiduría del mundo para reunir oyentes. Desafortunadamente, ellos no pueden aceptar que la cruz es una completa locura para el mundo.

Por el contrario, “para los que se salvan, es decir, para nosotros, [la cruz] es poder de Dios” (1Co 1:18). Aquellos cuyos ojos han sido abiertos por gracia ven la cruz de un modo completamente distinto. Al no estar ya en tinieblas, ven la cruz como lo que realmente es: el medio de salvación de la ira divina.

Piedra de tropiezo para los judíos

Pablo dijo: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado, que para los judíos es ciertamente un tropezadero” (1Co 1:23). Los judíos religiosos de los días de Jesús querían un libertador poderoso que los librara de la opresión de las naciones extranjeras. Ellos ansiaban a uno que los rescatara de la tiranía del Imperio Romano. No les interesaba un Mesías crucificado.

Para los judíos, el mensaje de un Mesías muerto era el mayor de los escándalos. En los tiempos romanos, la crucifixión era un castigo reservado para los peores criminales. Tan temible era la muerte por crucifixión que ningún ciudadano romano podía ser clavado en una cruz. Una muerte tan horrible estaba reservada para los enemigos reconocidos del Imperio: terroristas, asesinos y anarquistas.

Cuando los judíos se enteraron de que su tan esperado Mesías había muerto en una cruz, para ellos eso fue una piedra de tropiezo, literalmente un escándalo. Era un frío mensaje de derrota, no de victoria, que los hizo caer más profundamente en la incredulidad.

No obstante, Pablo no alteró su mensaje de la cruz. El rechazo de Israel contra Cristo no lo llevó a adoptar un enfoque diferente en la predicación. Aunque Cristo, y Él crucificado, era un tropezadero para los judíos, con todo, Pablo lo predicó fiel y poderosamente.

No existe predicación del evangelio aparte de la predicación de Cristo crucificado. La proclamación de la cruz siempre será un tropezadero para los que son religiosos pero están perdidos. Para ellos, la cruz es locura.

SERMONES LLENOS DE CRISTO

El servicio inaugural del Tabernáculo Metropolitano de Londres en 1861 fue un gran momento en la historia de la iglesia. En esta monumental ocasión, Charles Haddon Spurgeon, de solo 26 años, subió al púlpito a predicar su primer sermón en aquel edificio. Spurgeon habló de lo que era el mayor tema de todo su ministerio de predicación: Jesucristo.

La principal materia del ministerio

Cuando Spurgeon anunció su texto, proclamó: “Y todos los días, no dejaban de enseñar y de anunciar en el templo y por las casas las buenas noticias acerca de Cristo Jesús” (Hch 5:42). Con esto, Spurgeon declaró lo que creía que debía ser el foco principal de su ministerio en esta casa de adoración recién construida. Cristo debía ser siempre el corazón de cualquier declaración. Sin importar cuál fuera su texto, la atención de Spurgeon se volcaba invariablemente hacia Jesucristo. En este sermón inaugural, Spurgeon declaró palabras que el corazón del predicador debería reconocer como verdaderas. Afirmó:

Quisiera proponer que la materia del ministerio de esta casa, en tanto que esta plataforma esté en pie, y en tanto que esta casa sea visitada por adoradores, sea la persona de Jesucristo [...] si me preguntan cuál es mi credo, pienso que debo responder: “Es Jesucristo” [...] El cuerpo de divinidad al que quisiera aferrarme y

unirme para siempre, con la ayuda de Dios, es [...] Cristo Jesús, quien es la esencia misma del evangelio; quien en sí mismo es toda la teología, la encarnación de toda verdad preciada, la gloriosísima encarnación personal del camino, la verdad y la vida.⁶

Con esta declaración, Spurgeon sostuvo que toda verdadera predicación debe tener, como parte esencial, a la persona y obra del Señor Jesucristo. En otra ocasión Spurgeon afirmó: “La suma de todo es esta; mis hermanos, prediquen a CRISTO, por siempre y para siempre. Él es todo el evangelio. Su persona, Sus oficios y Su obra deben ser nuestro único gran tema que lo abarque todo”.⁷ Para el predicador, Cristo lo es todo.

Predicación de la grandeza de Cristo

Este enfoque cristocéntrico es el estándar al que debe atenerse cada predicador, en cada generación, en todo lugar. Cristo debe ser engrandecido en cada sermón. Deberíamos sentirnos entusiasmados por tener el privilegio de exaltar Su nombre.

Los grandes predicadores *siempre* predicán a un gran Cristo. Cualquiera que sea su debilidad, ellos siempre deben tener éxito en proclamar la grandeza sin par del Señor Jesús. Independientemente de la cultura en la que sirven o de las expectativas de sus oyentes, los predicadores fieles están comprometidos con promover la inigualable supremacía de Jesucristo en Su muerte salvadora.

Ruego que en nuestros días la predicación pueda estar firmemente arraigada en Cristo, y en Él crucificado. Que los predicadores proclamen la incomparable persona y la obra consumada del Señor Jesús. Que los púlpitos estén singularmente caracterizados por magnificar siempre las glorias de Su majestad soberana.

FORTALEZA EN LA DEBILIDAD

El poder del Espíritu en la predicación

Estuve entre ustedes con tanta debilidad que temblaba yo de miedo. Ni mi palabra ni mi predicación se basaron en palabras persuasivas de sabiduría humana, sino en la demostración del Espíritu y del poder, para que la fe de ustedes no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Corintios 2:3-5).



La predicación que Dios bendice es, en esencia, paradójica. Es decir, la exposición bíblica demuestra una aparente contradicción. En el predicador se encuentran dos polos opuestos: fortaleza y debilidad. La contradicción que se percibe entre los dos polos radica en lo siguiente: la fortaleza de Dios se perfecciona en la debilidad del hombre. La predicación que el cielo bendice involucra a un frágil mensajero lleno del poder divino. Es el predicador que reconoce su propia debilidad el que descansa en la gracia de Dios. Es a este mensajero al que Dios dota de poder para declarar Su Palabra.

Este es siempre el plan divino. Dios se deleita en usar un frágil mensajero para declarar la “locura” de Su mensaje. El que se humilla delante de Dios será exaltado para entregar las buenas nuevas de Jesucristo. El que se vacía a sí mismo será lleno del Espíritu. El que se abate delante de Dios será levantado por Él. En su propia fragilidad, el predicador débil es fortalecido.

EL DESCENSO A LA GRANDEZA

Respecto a dicha debilidad, se cuenta la historia de un joven graduado del seminario que se preparó con entusiasmo para su primer sermón en su nuevo cargo de pastor. Después de varios años de intenso estudio teológico, estaba listo para desatar su vasto aprendizaje sobre la congregación. Al pasar al púlpito, lo hizo con asombrosa autoconfianza. De pie frente a la gente, su pecho se infló, su cabeza estaba erguida, su rostro brillaba. Pero conforme entregaba su sermón inicial, inesperadamente comenzó a flaquear. Su lengua se volvió pesada, y tartamudeaba. Se perdió en sus notas. Su concentración se derrumbó. Su discurso decayó. Desde todo punto de vista, el sermón fue un completo fracaso.

Inmediatamente después de terminada esta dolorosa experiencia, el devastado joven pastor se escurrió del púlpito cabizbajo, con los hombros caídos y las rodillas debilitadas. Nunca había sido tan humillado por semejante bochorno que aplastó su orgullo.

Al salir del templo, un diácono anciano se le acercó, lo rodeó con el brazo y le dijo: “Pastor, si hubiera subido al púlpito de la forma en que bajó de él, habría bajado de la manera en que subió”.

Dependencia de Dios en el púlpito

Cada vez que un predicador pasa al púlpito confiando en su propia fuerza, de seguro flaqueará y fallará. Respecto a la incapacidad del hombre, Jesús dijo: “Separados de Mí ustedes nada pueden hacer” (Jn 15:5). El predicador no es la excepción. Cuando confía en sí mismo, no conseguirá nada de valor eterno. Quien ministra con autoconfianza ciertamente será ineficaz. Hablando del liderazgo espiritual, Pedro dijo: “Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes” (1P 5:5 NVI). El predicador que actúa con autosuficiencia será humillado por Dios. De una forma u otra será humillado. En lo que concierne al púlpito, debe haber una completa dependencia a Dios para que Él actúe a través del mensajero y a través del mensaje.

Cuando el predicador se viste de humildad, es dotado de poder de lo alto. A pesar de cualquier debilidad personal que pueda tener, el Espíritu lo capacitará para ser fuerte en la proclamación de la Escritura. Esta es la humildad con la que todo ministro tiene que acercarse al púlpito. Los que reconocen su debilidad son fortalecidos. Los que reconocen sus incompetencias son hechos competentes. Los que son conscientes de que están indefensos reciben la ayuda divina. Este es el propósito soberano y la infinita sapiencia de Dios. Los hombres finitos deben predicar en el poder que solo puede proveer un Dios infinito. Esta es la paradoja de la predicación.

Un predicador débil en Corinto

Fue en esa forma de humildad que Pablo llegó a la ciudad de Corinto. El apóstol sentía la pesada carga de la responsabilidad que venía con la misión que Dios le había asignado. Lejos de ser autosuficiente, entró a esta imponente ciudad con mucho temor y temblor. Sintiendo su compromiso delante de Dios, Pablo reconoció la magnitud de la tarea y temblaba hasta la médula.

En medio de esta debilidad personal, Pablo contó que se le había dado poder divino. Cuanto más débil era él, más fuerte se volvía. Cuanto más vacío estaba, tanto más era lleno de poder. Aunque Pablo apareció en Corinto con mucha debilidad, predicó basado “en la demostración del Espíritu y del poder” (1Co 2:4).

Esta paradoja debe ser la experiencia de cada predicador. Ningún hombre es demasiado débil para que Dios lo use, solo demasiado fuerte. Cuanto más uno reconoce su propia debilidad, tanto más confía en Dios para recibir fortaleza. Por Su soberano designio, Dios escoge usar vasijas débiles que Él hace fuertes.

¿Eres consciente de esto? ¿Reconoces tu propia debilidad al predicar a Cristo? ¿Has logrado ver tu incapacidad personal en el ministerio? ¿Estás inundado de una preocupación tan profunda por el avance del evangelio que te agobian un gran temor y temblor? Espero que sí. Dios concede poder a los que confían completamente en Él. Solo aquellos que sienten su debilidad acuden a Él por fortaleza. Cuando subas al púlpito, espero que puedas reconocer tus deficiencias y confíes en Su gracia absolutamente suficiente.

CON GRAN DEBILIDAD

Sin duda, Pablo sintió su propia debilidad. El apóstol les recordó a sus lectores que cuando fue a Corinto predicando el evangelio, “[estuvo] entre [ellos] con tanta debilidad que temblaba de miedo” (1Co 2:3). Con esto Pablo reconoció que contrastaba marcadamente con los oradores griegos de su tiempo. Él era el polo opuesto de estos comunicadores altamente capacitados. Estos elocuentes oradores ciertamente no se paraban frente a su audiencia con debilidad. Estos retóricos renombrados no exhibían ninguna fragilidad humana ni una falta de confianza en sí mismos. Ellos más bien fascinaban a sus oyentes con su agradable estilo oratorio.

Físicamente frágil, emocionalmente débil

Pero Pablo asumió una postura totalmente distinta. El apóstol confesó que se paró frente a los corintios “con tanta debilidad que temblaba de miedo” (1Co 2:3). A ellos el mensaje les parecía débil, lo mismo que el mensajero. Pablo sintió una aguda sensación de incapacidad cuando predicó el evangelio en esta ciudad pagana. Plenamente consciente de la degeneración moral de Corinto, Pablo percibía la magnitud del desafío que tenía por delante. Sin duda, se sentía sobrepasado.

¿Cómo podía penetrar el evangelio este sólido castillo secular? ¿Adoptaría Pablo el estilo de sus homólogos griegos? No, el apóstol llegó sin el glamour del mundo del espectáculo. Sin tru-

cos evangelísticos. Sin métodos manipulativos. Él llegó con lo opuesto: debilidad, temor y temblor.

Cuando Pablo entró en Corinto, temblaba bajo las presiones que había enfrentado en otros lugares. Había sido gravemente golpeado y encarcelado en Filipo (Hch 16:19-40), huyó de Tesalónica (Hch 17:5-10) y Berea (Hch 17:13-14), se burlaron de él y lo ridiculizaron en Atenas (Hch 17:32.33). En suma, estaba físicamente frágil y emocionalmente débil.

Pero ningún predicador es más fuerte que cuando está débil. Solo entonces confía en el poder del Espíritu. En este debilitante estado de flaqueza, Pablo sería capacitado y energizado en forma sobrenatural por el Espíritu Santo. El apóstol confesaría más tarde: “Con mucho gusto habré de jactarme en mis debilidades, para que el poder de Cristo repose en mí. Por eso, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias; porque mi debilidad es mi fuerza” (2Co 12:9-10). Esta es la fortaleza en la debilidad.

Temer a Dios, no al hombre

Cuando Pablo dijo que había ido “con tanta debilidad que temblaba de miedo”, no quiso decir que tuviera miedo de hablar en público. Tampoco implicaba que temiera por su vida, ni que temiera que lo consideraran intelectualmente inferior a los oradores griegos. Al apóstol no le inquietaba el rechazo personal.

La conducta decaída de Pablo más bien se debía a la seriedad de su misión. La magnitud de la tarea que tenía por delante lo abatía. Alcanzar esta gran ciudad con el evangelio pesaba fuertemente sobre sus hombros. Él entendía que el alma de los hombres literalmente pendía de un hilo. Esta realidad guardó su compostura mientras les predicaba a personas que perecían en una apremiante necesidad de salvación.

Expectativa del día final

Este fue el mismo temor que impactaba a Pablo en el alma mientras predicaba en Corinto. El apóstol entendía que venía un día cuando tendría que dar cuenta de su ministerio ante Dios. La Escritura le hace esta advertencia a cada ministro: “Hermanos míos, no se convierta la mayoría de ustedes en maestros. Bien saben que el juicio que recibiremos será mayor” (Stg 3:1). Esto subraya la seriedad de la responsabilidad del predicador delante de Dios. Pablo advierte:

Su obra podrá verse claramente; el día la pondrá al descubierto, y la obra de cada uno, sea la que sea, será revelada y probada por el fuego. Si lo que alguno sobreedificó permanece, ese recibirá su recompensa. Si lo que alguno sobreedificó se quema, ese sufrirá una pérdida, si bien él mismo se salvará, aunque como quien escapa del fuego (1Co 3:13-15).

Como un fuego purificador, el juicio final de Dios probará la calidad del ministerio y el mensaje de cada hombre. Con el cono-

cimiento de este futuro examen final por delante, Pablo predicó fielmente.

En 2 Corintios, Pablo refuerza esta verdad: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo bueno o lo malo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo” (5:10). La realidad de una futura evaluación final mantenía a Pablo en gran temor y temblor. Este serio conocimiento mantenía en su alma un saludable temor a Dios.

En una conferencia de pastores reciente, me compartieron que un hombre fue abordado por otro pastor quien le comunicó que había descubierto el éxito del liderazgo espiritual: “En realidad, lo único que cuenta es el *pavoneo* —dijo este pastor—. Cuando uno entra a una sala, tiene que saber pavonearse”.

Según este estándar, el apóstol Pablo fue un rotundo fracaso. Cuando él llegó a Corinto, no hubo pavoneo en su entrada, solo temblor. El apóstol no alardeó delante de los corintios; más bien vino con un santo temor. Este temor de Dios está penosamente ausente en los púlpitos de hoy.

Sin palabras manipulativas

Luego Pablo fue más allá en su argumentación. Explicó: “Ni mi palabra ni mi predicación se basaron en palabras persuasivas” (1Co 2:4). Con esto, el apóstol clarificó lo que el contenido de su doctrina (“mi palabra”) y la forma de expresarse (“mi predica-

ción”)no eran. Esta doble naturaleza de la predicación se refiere tanto a la esencia como al estilo. Con esta potente negación, Pablo les recordaba a los corintios que no había venido a ellos como los oradores griegos. Es decir, no llegó con un mensaje mundano, ni de manera carnal.

La predicación de Pablo en Corinto no sacó aplausos. Sus sermones no estaban llenos de parloteo astuto ni de palabras emotivas con la intención de cautivar a su audiencia. Él no aduló a sus oyentes con falsos halagos ni los mimó para ganárselos. No condescendió con ellos ni apeló a su carne. No hubo actuaciones calculadas, ni técnicas embusteras. Pablo no apeló a la emotividad ni al humor burdo. No fue así como vino a Corinto.

La pregunta, pues, pide ser planteada: ¿Cómo vino Pablo? La respuesta se encuentra en la segunda mitad del verso 4.

EN LA DEMOSTRACIÓN DEL PODER

Contrario a los oradores griegos, la predicación de Pablo fue “en la demostración del Espíritu y del poder” (1Co 2:4). En otras palabras, Pablo vino a la ciudad de Corinto con una total dependencia de Dios. En su debilidad personal, el poder de Dios estaba operando potentemente. En su desesperación, el Espíritu Santo lo energizó de manera sobrenatural para predicar a Jesucristo, y a Él crucificado.

Evidencia del poder del Espíritu

La proclamación de Pablo de la cruz fue “en la demostración del Espíritu”. La palabra “demostración” comunica la idea de presentar evidencia concluyente ante un tribunal. Era un término técnico, usado en retórica, para una prueba presentada en un persuasivo discurso. Pero la prueba convincente que mostraba la predicación de Pablo no era lo que querían los corintios. Ellos querían un espectáculo de habilidades oratorias. En lugar de ello, Pablo ofreció una demostración del poder del Espíritu.

¿Cuál es la naturaleza de esta “demostración” del poder del Espíritu? Algunos afirman que se refiere a señales y maravillas realizadas bajo la predicación de Pablo. Pero ese no puede ser el significado pretendido. Anteriormente, Pablo había argumentado *contra* la petición de señales de los judíos (1Co 1:22). Sería incongruente que Pablo apelara a lo que acababa de reprochar. Los oyentes de Pablo deseaban una demostración de poder externa. Pero Pablo predicó con una muestra del verdadero poder de Dios: el poder del evangelio en Cristo crucificado.

En efecto, esta “demostración” se hizo visible en la propia vida de los corintios. Este poder fue evidente en su conversión a Cristo. El hecho de convencerse de pecado y volverse a Cristo crucificado fue una prueba innegable del poder de Dios en la predicación de Pablo. Ellos pudieron contemplar claramente la fuerza irresistible del Espíritu en el ministerio y el mensaje de Pablo. Ellos simplemente necesitaban mirar sus propias vidas; el poder del Espíritu era evidente *en* ellos mismos.

La promesa de poder

Este poder espiritual había sido prometido por Jesucristo. En la Gran Comisión, el Señor dijo: “Yo voy a enviar sobre ustedes la promesa de mi Padre; pero ustedes, quédense en la ciudad de Jerusalén hasta que desde lo alto sean investidos de poder” (Lc 24:49). Este mismo poder estaba con Pablo, capacitándolo para predicar el evangelio con un efecto que cambiaba las vidas.

Jesús dijo además: “Cuando venga sobre ustedes el Espíritu Santo recibirán poder, y serán mis testigos” (Hch 1:8). El apóstol fue fortalecido por este poder para dar un convincente testimonio de la muerte sustitutiva de Cristo.

Este poder soberano es lo que Pablo había experimentado antes cuando predicó en Tesalónica. Él dijo: “Nuestro evangelio no llegó a ustedes solamente en palabras, sino también en poder, en el Espíritu Santo y con plena convicción” (1Ts 1:5). Es decir, su predicación iba acompañada de un profundo poder en Él: la certeza que cautivaba el alma, la certeza de la verdad en su corazón. El Espíritu le concedía una mayor seguridad de la necesidad de Cristo en las personas y una irresistible confianza en Su poder para salvarlas.

Pablo reivindicó este mismo poder en la predicación cuando le escribió a la iglesia en Colosas: “Nosotros anunciamos a Cristo, y amonestamos y enseñamos a todo el mundo en toda sabiduría, a fin de presentar perfecta en Cristo Jesús a toda la humanidad. Con este fin, trabajo y lucho con todas mis fuerzas y con el

poder que actúa en mí” (Col 1:28-29). En tanto que Pablo proclamaba a Cristo, el Espíritu lo capacitaba poderosamente.

Martyn Lloyd-Jones observó la absoluta necesidad del poder del Espíritu en la predicación. Él explicó: “Si no hay poder no hay predicación. La verdadera predicación es, al fin y al cabo, Dios actuando. No es simplemente un hombre pronunciando palabras; es Dios utilizándolo. Está siendo usado por Dios. Está bajo la influencia del Espíritu Santo”.¹ En palabras simples, toda verdadera predicación está energizada por el poder del Espíritu.

Lloyd-Jones sostenía que, cuando el predicador experimenta este poder, “es Dios dando poder y capacitando al predicador a través del Espíritu a fin de que pueda hacer esta obra de una manera que lo eleve más allá de los esfuerzos y tentativas del hombre a una posición en que es utilizado por el Espíritu, y que se convierta en el canal a través del cual obra el Espíritu”.² En otras palabras, la predicación auténtica implica la obra de Dios en Sus mensajeros, la dotación del verdadero poder en la proclamación.

Acerca de este poder divino, Lloyd-Jones dijo que el Espíritu “da claridad de pensamiento, claridad de discurso, facilidad de habla, gran sentimiento de autoridad y confianza al predicar, conciencia de un poder que no es tuyo, que llena de emoción, e indescriptible sensación de gozo todo tu ser. Eres un hombre ‘poseído’, asido, tomado”.³ La predicación dominada por el Espíritu es una poderosa experiencia.

Además, Lloyd-Jones aseveró: “Tienes la impresión de no estar predicando, eres un observador. Te observas a ti mismo asombrado mientras sucede. No es por tu propio esfuerzo; eres

solo un instrumento, el canal, el vehículo. El Espíritu te está utilizando, y tú observas con gran gozo y asombro”.⁴

Pasión en el púlpito

Otra manifestación de este poder en la predicación es una pasión, dada por Dios, por la verdad. En su “anunciarles” (1Co 2:1), había dentro de Pablo un fervor dado por Dios mientras predicaba. Cuando era lleno del Espíritu, proclamaba el mensaje con una profunda pasión. Sentía la verdad del mensaje en lo profundo de su ser. Mientras predicaba, la energía divina latía en su corazón y ardía un fuego en sus huesos.

Donde no hay pasión, no hay predicación *real*. Spurgeon bromeaba diciendo que algunos ministros “serían buenos mártires, es decir, les hace falta arder en llamas”. De un predicador dijo sarcásticamente: “No cabía duda de que ardía mucho, porque estaba seco”.⁵ Es una tragedia que muchos pastores no sientan entusiasmo cuando proclaman la Palabra. Cuando falta el fervor en la predicación es porque hay ausencia de poder.

John Murray, quien fue profesor en el Seminario Westminster, aseveró enfáticamente: “La predicación sin pasión no es predicación en absoluto”.⁶ En otras palabras, cada vez que el Espíritu Santo le confiere poder al predicador, en su corazón hay un fervor dado por Dios que dirige su discurso. Sin duda, el Espíritu de Dios nunca deja a los mensajeros de Dios apagados y secos.

Respecto a este fuego interior, R. C. Sproul sostiene: “La predicación desapasionada es una mentira”.⁷ Es decir, el discurso insípido desde el púlpito es una contradicción en los términos. Sea lo que fuere, definitivamente no es una predicación.

Sproul dice que donde no hay pasión por la verdad, en realidad no hay predicación; solo retórica insípida. Pero allí donde el Espíritu de Dios obra con poder en el predicador, el resultado será una verdadera predicación.

Tal pasión en la predicación es una necesidad apremiante hoy en día. Antes de que pueda haber un fuego en las bancas, primero debe haber un fuego en el púlpito.

Poder que da urgencia

Este poder inherente en la predicación también incrementa el sentido de urgencia del ministro. Cuando el Espíritu le infunde valor, la exposición en el púlpito no es liviana. El predicador lleno del Espíritu no es indiferente hacia la verdad. No tiene una actitud apática. Tampoco hay un frío distanciamiento en su interior. En lugar de ello, el Espíritu genera una irresistible pasión por alcanzar a la gente con el evangelio. El Espíritu hace que él arda intensamente cuando proclama a Cristo.

El destacado puritano Richard Baxter escribió un conocido libro titulado *The Reformed Pastor* [El pastor reformado]. En él, Baxter llamó a un ministerio reformado según la Escritura. La

predicación Bíblica, argumentaba él, debe venir con una sensación de explosiva urgencia. Baxter escribió:

¿Qué? ¿Hablares fríamente por Dios y para la salvación de los hombres? ¿Es posible que creamos que nuestra gente debe convertirse o ser condenada, y no obstante hablemos con un tono somnoliento? En el nombre de Dios, hermanos, esfuércense por despertar sus propios corazones antes de pasar al púlpito, para que puedan ser aptos para despertar el corazón de los pecadores. Recuerden que ellos deben ser despertados o serán condenados, y que un predicador adormilado difícilmente despertará a pecadores somnolientos. Aunque ustedes rindan las más elevadas alabanzas a las cosas santas de Dios, no obstante, si lo hacen con frialdad, por su actitud parecerá que desdican lo que dicen al respecto.⁸

Baxter luego dio el golpe definitivo cuando dijo que, en la predicación, “es una especie de desprecio por las grandes cosas, especialmente por cosas grandísimas, hablar de ellas sin pasión ni fervor”.⁹ En otras palabras, la predicación que carece de urgencia carece del poder del Espíritu. No es verdadera predicación.

Cada vez que el Espíritu está actuando en el predicador, hay un fervor por Cristo y hay un sentido de urgencia de que los oyentes deben seguir a Cristo. En la predicación energizada por el Espíritu, dentro del predicador arde un fuego abrazador.

DEPENDENCIA DEL ESPÍRITU

¿Por qué Dios elige obrar a través de la debilidad de mensajeros finitos? Pablo dijo: “Para que la fe de ustedes no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1Co 2:5). Él predicó en el poder del Espíritu para que los corintios confiaran en Dios y no en él. Predicó en el poder del Espíritu por el bien de los corintios. En lugar de persuadirlos con sagacidad, Pablo quería que respondieran a la verdad claramente presentada.

Si Pablo se hubiera apoyado en las palabras y la sabiduría del mundo, sus oyentes en realidad habrían puesto su fe en él. El resultado de una predicación así serían falsos convertidos que han puesto su confianza en un hombre. Tal predicación habría producido falsos discípulos que hubieran profesado a Cristo sin conocerlo.

Por otra parte, proclamar a Cristo en el poder del Espíritu produce un resultado completamente distinto. Donde se proclama la cruz, la fe de los hombres se apoya exclusivamente en “el poder de Dios”. Este es el poder del Espíritu en la predicación. Solo entonces los oyentes creerán en el Señor Jesús. Para que cualquier esfuerzo ministerial tenga éxito, el Señor dice que “no será por la fuerza ni por ningún poder, sino por Mi Espíritu” (Zac 4:6 NVI). Si las almas han de ser salvadas, la capacidad del predicador es insuficiente. Solo el poder activo del Espíritu Santo puede permitir que la proclamación del evangelio tenga poder de conversión.

La dependencia del Espíritu es una necesidad absoluta de cada pastor. Es en su extrema debilidad que el Espíritu lo hace fuerte. En el púlpito, debe postrarse ante el Dios Todopoderoso a

fin de que Él pueda exaltarlo. Cuando muere a sí mismo, el Espíritu le concede poder. Esta es la paradoja de la predicación.

EL MONOPOLIO DEL ESPÍRITU

En el siglo diecinueve, un grupo de pastores estaba organizando una campaña evangelística en toda la ciudad. Mientras discutían sobre a quién debían invitar a predicar, surgió el nombre del destacado evangelista D. L. Moody. Un ministro, reacio a llevar a Moody a predicar, protestó: “¿Por qué Moody? ¿Acaso tiene el monopolio del Espíritu Santo?”. Tras la pregunta siguió un largo silencio. Finalmente, otro pastor alzó la voz, y dijo: “Moody, Moody, Moody... ¿acaso Moody tiene el monopolio del Espíritu Santo?”. Otro pastor respondió: “No, pero parece que el Espíritu Santo tiene el monopolio de Moody”.¹⁰ No se podría hacer una observación más grandiosa acerca de cualquier predicador.

Dios actúa por medio de Sus siervos, a los que Su Espíritu está capacitando con poder. Independientemente del currículum o de las credenciales ministeriales del predicador, el Espíritu Santo es quien, en última instancia, marca la diferencia en el ministerio de cualquier predicador.

En lo que respecta a tu predicación, ¿tiene el Espíritu Santo el monopolio de ti? ¿Sabes qué es predicar en la demostración del poder del Espíritu? ¿Sabes qué es estar con gran temblor, debilidad y temor? ¿Sabes qué es clamar a Dios, implorar que Su

Espíritu te acompañe al púlpito? ¿Has sido testigo de la plenitud de Su poder en tu mente, tu corazón y tu disposición cuando ministras la Palabra?

Cuando predicas el evangelio, debes ser dotado de poder por el Espíritu Santo. Tu vida debe estar dominada por la fortaleza divina desde lo alto. Tú debes ser alguien que sabe qué es predicar en el poder del Espíritu Santo. Solo entonces sabrás qué es *realmente* predicar.

UNA SABIDURÍA SOBERANA

La predestinación del Padre en la predicación

Sin embargo, entre los que han alcanzado la madurez sí hablamos con sabiduría, pero no con la sabiduría de este mundo ni la de sus gobernantes, los cuales perecen. Más bien hablamos de la sabiduría oculta y misteriosa de Dios, que desde hace mucho tiempo Dios había predestinado para nuestra gloria, sabiduría que ninguno de los gobernantes de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Como está escrito: “Las cosas que ningún ojo vio, ni ningún oído escuchó, ni han penetrado en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman” (1 Corintios 2:6-9)



Hay una verdad fundacional en la predicación que debe sustentar cada mensaje: Dios es soberano sobre todas las cosas. En cada exposición potenciada por el Espíritu, se debe proclamar a Dios como el supremo gobernador sobre todos los asuntos de la historia humana. Se debe declarar que Él preside sobre todos los acontecimientos de este mundo. Además, la Escritura proclama que Dios dirige cada vida humana y determina cada destino eterno. Por tanto, la soberanía de Dios debe ser una nota dominante en la predicación que aborda las Escrituras fielmente.

Este tipo de predicación en ningún lugar es más esencial que en los asuntos que atañen a la salvación. Aun antes de que el hombre cayera en pecado, Dios ya había establecido el medio

por el cual restauraría la relación rota entre ellos. Antes de que el pecado corrompiera a toda la raza humana, Dios ya había predestinado el plan de salvación. Antes de que el mundo se contaminara con la depravación del hombre, Él ya había predeterminado la redención por medio de la cual restauraría para Sí mismo a los pecadores arruinados. Lo que es más importante, Dios incluso eligió a Sus escogidos a quienes les concedería gratuitamente Su gracia inmerecida.

Por Su gracia soberana, Dios es el que toma la iniciativa, nunca el que responde. Dios es el que busca, nunca el que es buscado. Dios es el Salvador, el hombre es el rescatado. Dios es el Proveedor, el hombre es el deudor. Dios es el sujeto y el verbo activo, el hombre es el objeto sobre el cual recae la acción.

De principio a fin, cada aspecto de la salvación del hombre está divinamente planificado y determinado según este previo orden; toda la gloria es solo para Dios. Esta es la verdadera sabiduría: que Dios es plenamente soberano en la salvación. Él es Señor sobre cada detalle de cada circunstancia que lleva a cabo esta salvación divinamente provista.

TODA LA GLORIA A DIOS

Hace años, el destacado expositor de la Biblia, el Dr. Harry Ironside, contaba acerca de un hombre que estaba dando su testimonio frente a un grupo de personas, y explicaba cómo había veni-

do a la fe en Cristo. Este hombre testificó cómo Dios lo había buscado mientras vivía en pecado. Contó cómo Dios lo había amado mientras aún era enemigo de la cruz. Explicó cómo Dios lo había llamado cuando estaba en oscuridad espiritual para que escapara de la ira divina. Dios lo había libertado de una vida de desenfreno despreciable. La gracia lo había limpiado plena y gratuitamente de la contaminación del pecado. Este testimonio era excepcionalmente poderoso porque le daba toda la gloria a Dios.

Después de la reunión, un oyente llevó al hombre aparte y le dijo: “Aprecio todo lo que tenía que decir acerca de lo que Dios hizo por usted, pero no mencionó nada acerca de su parte. A fin de cuentas, la salvación es una parte de nosotros y la otra parte de Dios. Debió haber mencionado algo acerca de lo que usted hizo”.

“Tiene razón —respondió el recién convertido—. Debí haber mencionado mi parte. Lo que yo hice fue huir de Dios tan rápido como pude, pero lo que Él hizo fue perseguirme hasta que me encontró”.

Dios, el Buscador de almas

La historia de Ironside ilustra el punto de que, mucho antes de que el hombre cayera en pecado, Dios ya había predestinado Su búsqueda de los individuos pecadores. Antes de la fundación del mundo, Dios diseñó Su plan de salvación por el cual Él rescataría

a Sus elegidos. Antes de que comenzara el tiempo, Él decidió que Su Hijo viniera a este mundo a fin de salvar a estos elegidos que son incapaces de salvarse a sí mismos. Y los púlpitos en todo lugar deben ser fieles en declarar esta verdad fundamental.

No obstante, si se le deja pensar a su manera, el hombre constantemente está buscando darse crédito —al menos en parte— por aquello que solo Dios ha realizado en la salvación. El hombre se halaga al percibir que por su propia iniciativa y decisión él elige buscar a Dios. En vano imagina que su búsqueda de la salvación no tiene nada que ver con el hecho de que Dios lo busca a él primero. Pero lo cierto es que solo Dios es quien busca y salva.

La soberanía divina en la salvación

La predicación que Dios bendice es la que proclama la soberanía de Dios en la salvación. Algunos predicadores presentan ingenuamente la noción de que el hombre controla su propia vida y determina su propio destino. Otros suponen que Satanás y los demonios gobiernan este mundo. Pero tal predicación pone la teología de cabeza y le roba la gloria a Dios.

Este tipo de proclamación centrada en el hombre oscurece el hecho de que solo Dios reina en la gracia. Como dice la Escritura: “Ciertamente, todas las cosas son de Él, y por Él, y para Él. ¡A Él sea la gloria por siempre! Amén” (Ro 11:36). Con estas tres preposiciones, “de”, “por” y “para”, “todas las cosas” incluye cada aspecto de la salvación. Dios es el origen, el medio y la finalidad

de todas las cosas. Así, cada púlpito debe declarar esta realidad centrada en Dios.

La narración del evangelio de la gracia soberana no es una solución reciente al problema del pecado. La muerte de Cristo no fue una idea divina de último momento. El Calvario no fue una reacción instintiva para reparar un dilema imprevisto. La crucifixión tampoco es una alteración del plan original de Dios para el hombre.

El plan predeterminado de Dios

Al contrario, los poderosos actos de Dios en la salvación siguen un antiguo guion que Él decretó antes del principio del mundo. Sus propósitos salvíficos llevan a cabo Su plan predeterminado diseñado hace incontables eras. Sus obras para el rescate se originaron en la eternidad. La redención fue concebida soberanamente antes de que comenzara el tiempo. El evangelio está cimentado en la predestinación de Dios, la potente verdad que garantiza toda la obra salvadora de Dios.

Esta potente verdad debería causar un efecto monumental en la predicación. El púlpito siempre ha sido más fuerte cuando ha expuesto la gracia de Dios en la salvación en los términos más fuertes. Sin este fundamento inmutable, los sermones derivan en cosas superficiales. Alejados de esta doctrina, los predicadores tienden a enfocarse en asuntos banales y ofrecen soluciones temporales.

Pero cuando la predicación está anclada en el supremo derecho de Dios a reinar, los pecadores se convierten con absoluta firmeza. Además, gracias a esta elevada enseñanza, los creyentes maduran espiritualmente. Si la vida de las personas ha de quedar firmemente establecida, la predicación debe exponer la verdad de la predestinación.

Un reenfoque necesario

En este capítulo, examinaremos el hecho de que, mucho antes de que la raza humana pecara, Dios el Padre predeterminó la salvación de pecadores individuales. Pablo ya ha puesto en claro que Dios llama poderosamente hacia Él (1Co 1:9, 26) a todos los que elige salvar (1Co 1:27-28). En la eternidad pasada, el Padre conoció de antemano al Hijo y decidió enviarlo a este mundo para asegurar la salvación de aquellos que creerían en Él (1P 1:20). Por Su propósito soberano, el Padre comisionó al Espíritu Santo para que dotara de poder a Sus predicadores para que proclamaran la vida sin pecado y la muerte salvífica del Hijo. Y por Su poder supremo, el Espíritu llama de manera irresistible a cada pecador escogido a la fe en Cristo.

La predicación que Dios bendice es la predicación que magnifica los soberanos propósitos salvíficos de las tres personas de la Trinidad: Dios el Padre es Salvador, Dios el Hijo es Salvador y Dios el Espíritu es Salvador. Los tres miembros de la Divinidad

obran en perfecta unidad de propósito al salvar a los mismos pecadores escogidos.

Cada predicador debe estar comprometido con predicar todo este consejo de Dios. Ninguna verdad bíblica puede quedar excluida. Esto incluye la enseñanza de que el Padre predestinó Su gracia soberana para pecadores individuales en la eternidad pasada. Pero trágicamente, muchos predicadores, por evitar el debate y eludir preguntas difíciles, evitan proclamar cabalmente estas verdades. Pareciera que, queriendo mantener el *status quo*, estos hombres evitaran hablar de la gracia predeterminada de Dios en Cristo. Pero para la predicación que Dios bendice, el silencio nunca es una opción. Eso sería distorsionar el pleno propósito de Dios. Todas las verdades establecidas por Dios y registradas en Su Palabra deben ser recibidas y proclamadas.

PREDICAMOS SABIDURÍA ETERNA

En 1 Corintios 2:6-9, Pablo aborda el tema de la predestinación. Él ya ha declarado que Dios llama de manera irresistible a quienes ha elegido. Ahora se enfoca en la sabiduría divina por la cual Dios predestinó eternamente la salvación de Sus elegidos en Cristo. Esta es la verdadera sabiduría que solo la inteligencia de Dios pudo planificar. En estos versículos, la palabra clave es “sabiduría” empleada 28 veces en las epístolas de Pablo. Más de la mitad de estas ocasiones —15 en total— aparecen solo en los pri-

meros dos capítulos de 1 Corintios. Además, el adjetivo “sabio” se usa otras diez veces en 1 Corintios 1 – 3. Así que Pablo está llamando nuestra atención hacia la brillante inteligencia de Dios en Su eterno plan de salvación en Jesucristo.

La sabiduría de la cruz

Pablo enfatiza reiteradamente el poder salvador de la cruz. En el contexto más amplio, Pablo habló de “la cruz de Cristo” (1Co 1:17), “la palabra de la cruz” (1Co 1:18), “Cristo crucificado” (1Co 1:23), “Cristo Jesús, a quien Dios ha constituido como nuestra sabiduría, nuestra justificación, nuestra santificación y nuestra redención” (1Co 1:30) y “Jesucristo, y de Este crucificado” (1Co 2:2). Para Pablo, la cruz fue la mayor muestra de la soberana sabiduría de Dios.

Además, el apóstol Pablo dijo que la cruz es fundamental para todo ministerio cristiano (1Co 3:11). Asimismo, la muerte de Cristo es el verdadero fundamento de la pureza moral (1Co 5:7; 6:11, 15, 20). También es la razón principal detrás del matrimonio cristiano (1Co 7:23), de la libertad cristiana (1Co 8:11) y de la adoración (1Co 11:23). En toda vida cristiana, la cruz es el mensaje primordial que debe ser adoptado.

Esta sabiduría divina ciertamente fue predominante en la predicación de Pablo. El apóstol no tenía nada que decir aparte de esta profunda sabiduría. El Señor Jesús debe ser predicado como el Hijo de Dios con pleno poder para salvar y santificar

tanto a pecadores como a santos. Cuando Cristo es proclamado, declaramos todo lo que la gente necesita oír. En suma, Cristo crucificado era el epicentro del mensaje evangélico de Pablo.

La vanidad de la sabiduría humana

Pablo destacó la sabiduría divina de la cruz porque los corintios estaban encaprichados con la sabiduría humana de la cultura griega. La filosofía mundana de Atenas configuraba la cosmología corintia. Cuando Pablo llegó a Corinto, predicó la sabiduría de la cruz. Por el poder del Espíritu, el mensaje de Cristo crucificado fue recibido como verdadera sabiduría de Dios (1Co 1:30). Muchas personas se convirtieron, pero les costó abandonar completamente la sabiduría humana. Su romance con el razonamiento secular aún configuraba lo que creían y cómo vivían.

Los creyentes de Corinto estaban tan profundamente arraigados en el pensamiento griego que no renunciaron a él fácilmente. Aunque adoptaron la enseñanza de Pablo, también se aferraban firmemente a la sabiduría humana. En un acto de transigencia, estaban intentando mezclar el pensamiento cultural con la verdad celestial. Pablo se percató de ello y decidió corregir su deficiente pensamiento.

La sabiduría divina y el pensamiento humano no pueden mezclarse. Cuando la filosofía secular se puso a la par de la teología divina, el resultado fue un enfoque sincretista que resultó devastador para el desarrollo espiritual de los corintios. No es de

extrañar que estos creyentes estuvieran estancados en su crecimiento en la gracia.

A QUIÉN PREDICAMOS SABIDURÍA

Pablo rechazó la sabiduría del hombre y enseñó un tipo de sabiduría totalmente distinto: la sabiduría de la gracia soberana. Él escribió: “Sí hablamos con sabiduría” (1Co 2:6). Con esta enfática declaración, Pablo dejó claro que no se oponía a toda sabiduría. No cabe duda de que *efectivamente* habló sabiduría, pero esta era la antítesis de la sabiduría humana. Él repudió la sabiduría del mundo y en su lugar proclamó la *verdadera* sabiduría de Dios.

A los que han alcanzado la madurez

La sabiduría divina, dijo Pablo, debe proclamarse “entre los que han alcanzado la madurez” (1Co 2:6). En este contexto, “madurez” no se refiere a los creyentes espiritualmente avanzados, comparados con los creyentes inmaduros. “Madurez” (teleios en griego) más bien se refiere a todos los genuinos creyentes en Cristo. Esta palabra puede referirse a alguien que tiene membresía completa en un grupo. Ese es el significado que aquí se pretende. Pablo identifica a todos los creyentes como los que son

“maduros”, los que tienen plena herencia en la salvación de Dios en la cruz.

Aquí Pablo insta a que se proclame la muerte de Cristo a todos los creyentes. Este mensaje no solo es para los perdidos, sino también para los redimidos. El poder de la cruz debe ser explicado a todas las personas, ya sean incrédulos, bebés espirituales o avanzados en la fe. Cristo crucificado debe ser predicado a cada individuo.

Siempre en necesidad de esta sabiduría

Nadie supera su necesidad espiritual de escuchar el mensaje íntegro de la cruz. Nadie llega a un punto en su desarrollo espiritual donde ya no necesita que le enseñen la muerte de Cristo. Este hecho queda en evidencia en la orden de que todos los creyentes deben participar continuamente de la Cena del Señor.

La predicación de la cruz nunca está fuera de lugar. El evangelio es el poder de Dios tanto para la salvación de los incrédulos como para la santificación de los creyentes. La sabiduría de Dios en la cruz es la mayor necesidad de cada cristiano en cada etapa del desarrollo espiritual.

SABIDURÍA DE LO ALTO

Pablo declaró en términos inequívocos que la sabiduría divina no proviene del mundo. Él dijo que esta sabiduría no es “la sabiduría de este mundo ni la de sus gobernantes, los cuales perecen” (1Co 2:6). Pablo les dijo a los creyentes corintios que tal sabiduría no podía hallarse en la contaminada cultura romana. No podía oírse de boca de los filósofos griegos de Atenas. Ni se podía descubrir en los templos de las religiones paganas. Tal sabiduría provenía exclusivamente de Dios.

Sabiduría que no es de este mundo

La sabiduría divina, escribió Pablo, tampoco proviene de los “gobernantes” de este mundo. No se origina en el sistema mundano sobre el cual presiden estos poderes terrenales. Estos “gobernantes” vigilan el mismo orden mundano que crucificó violentamente a Jesús (1Co 2:8). Tales líderes ciegos, afirmó Pablo, “perecen”. Es decir, perecen en sus pecados. Lo mismo sucede con los imperios mundanos que ellos representan. Sin Cristo, estos gobernantes del mundo son autodestructivos.

En contraste con esto, reiteró Pablo, nosotros “hablamos de la sabiduría oculta y misteriosa de Dios” (1Co 2:7). El apóstol proclamó un tipo de sabiduría totalmente distinto, que provenía solo de Dios. Absolutamente nada puede añadirse a la brillante inteligencia de Dios en la cruz de Jesucristo.

Tal como la luz está separada de la oscuridad, así también la sabiduría divina es lo opuesto a la sabiduría humana. La sabidu-

ría de Dios es eterna; la sabiduría humana es temporal. La sabiduría de Dios es divina; la sabiduría humana es demoniaca. La sabiduría de Dios es pura; la sabiduría humana está contaminada por su pensamiento caído.

Asimismo, la sabiduría de Dios está centrada en la cruz, mientras que la sabiduría humana está centrada en la cultura. La sabiduría de Dios salva; la sabiduría humana condena. La sabiduría de Dios es celestial; la sabiduría humana es terrenal. El mundo considera que la sabiduría de Dios es locura, pero en realidad es brillante. Y el hombre piensa que la sabiduría humana es brillante, pero es una completa locura.

Sabiduría divina en un misterio

Respecto a la predicación de la cruz, Pablo sostuvo que esta sabiduría era un “misterio” que hasta ahora había estado “oculto” (1Co 2:7); era un secreto desconocido para el hombre. En la Biblia, un “misterio” no significa algo enigmático ni confuso. Más bien es una verdad que solo Dios conoce y que la ha reservado. La mera inteligencia humana jamás puede imaginar un misterio divino, no hasta que Dios decide revelarlo por iniciativa propia.

Este misterio se encuentra en la verdad del evangelio, Cristo crucificado. Es la solución divina que asegura la salvación del hombre. No importa lo grandioso que sea el intelecto humano, semejante verdad jamás podría ser descubierta por su perspicacia.

cia. La única manera en que esta verdad puede conocerse es que Dios mismo la revele.

La cruz es una verdad que en el pasado estaba parcialmente oculta, pero que ahora se ha dado a conocer. En el cumplimiento del tiempo, el poder de la cruz fue completamente revelado en la aparición de Cristo. Y hoy, los predicadores de la cruz deben declarar esta verdad divina.

La venida del Mesías había sido profetizada en el Antiguo Testamento (Lc 24:27). Hacía mucho tiempo se había anunciado que Él iba a sufrir, morir y ser levantado. La predicación de los apóstoles enfatizó mucho esta verdad evangélica (Hch 2:25-28, 30-31, 34-35; 3:18, 24; 7:52; 10:43).

Pero a pesar de estas profecías del Antiguo Testamento, la muerte de Cristo, en términos relativos, todavía se consideraba un misterio en tiempos pasados. Aunque el Antiguo Testamento señalaba a Jesús, las profecías mesiánicas aún estaban finamente veladas en tipos y sombras. Este misterio no se reveló sino en el momento señalado.

PREDESTINADOS ANTES DEL MUNDO

Esta sabiduría divina en la cruz no es nada nuevo. La sabiduría de Cristo crucificado fue aquella “que desde hace mucho tiempo Dios había predestinado” (1Co 2:7). La muerte de Cristo que cargó el pecado no fue un cambio en el plan divino. Tampoco fue

una idea de último momento. Fue más bien la realización del propósito eterno de Dios en Cristo. Este misterio, revelado plenamente en el Nuevo Testamento, fue el plan soberano de Dios para salvar a los pecadores.

Un destino predeterminado

La palabra “predestinado” (*proorizo* en griego) significa literalmente “señalar, designar, determinar de antemano”. La raíz de este verbo llega hasta nuestro idioma en la palabra *horizonte*. La idea es que el destino final de nuestro viaje señalado en el horizonte se haría realidad.

El prefijo *pre* significa “antes”. Lo que “predestinado” significa es que el destino ya está determinado antes de que comience el viaje. El término designa el destino final de una persona en el horizonte distante de la eternidad futura. Este destino fue determinado antes de que comenzara el viaje.

En 1 Corintios 2:7, la predestinación de Dios en la salvación está fundamentada en la muerte sustitutiva de Jesucristo. El poder para salvar a los pecadores escogidos fue predestinado por Dios. En la eternidad pasada, el Padre predeterminó la horrible muerte de Su Hijo como el medio para llevar a los escogidos a Él.

Respecto a la crucifixión de Cristo, Dios decretó que este suceso ocurriera. Antes de que comenzara el tiempo, el Padre determinó el camino que seguiría Su Hijo. En el eterno consejo de Dios estaba establecida la muerte de Cristo en la cruz. Además,

Dios predestinó en la cruz la salvación de todos Sus elegidos. Esta verdad debe ser proclamada vez tras vez. Este es la predicación que Dios bendice.

La predestinación predicada a todos

En el día de Pentecostés, Pedro declaró que la voluntad de Dios había predestinado la muerte de Cristo. Dotado de poder por el Espíritu, Pedro exclamó que Jesús “fue entregado conforme al plan determinado y el conocimiento anticipado de Dios” (Hch 2:23). Anunció enfáticamente que la cruz no fue un accidente, sino que fue ordenada de antemano por Dios. Aunque la crucifixión fue llevada a cabo por hombres impíos, la muerte de Cristo era la eterna voluntad soberana de Dios.

La iglesia primitiva proclamó el supremo derecho de Dios a gobernar en la salvación. Frente a una fuerte persecución, los primeros predicadores entregaron un mensaje aún más fuerte. Ellos anunciaron la inalterable soberanía de Dios con respecto a la muerte de Su Hijo para salvar a Su pueblo de sus pecados.

Cuando Pedro y Juan fueron encarcelados por predicar a Jesucristo y más tarde fueron liberados, sus compañeros reconocieron que la muerte de Cristo ocurrió según los soberanos propósitos de Dios: “Es un hecho que Herodes y Poncio Pilato, junto con los no judíos y el pueblo de Israel, se reunieron en esta ciudad en contra de Tu santo Hijo y ungido, Jesús, para hacer todo

lo que, por Tu poder y voluntad, ya habías determinado que sucediera” (Hch 4:27-28).

Esta audaz confesión revela el tipo de predicación elevada que estos primeros creyentes habían estado escuchando. El hecho de que declararan los propósitos predestinados de Dios en la muerte de Jesucristo demuestra el nivel de enseñanza que habían recibido y la elevada visión que tenían de la soberanía divina.

Hoy se necesita con urgencia ese tipo de predicación acerca de la predestinación. Qué fortaleza reciben los creyentes cuando son instruidos con las potentes afirmaciones de los inalterables planes eternos de Dios respecto a los sucesos humanos y a la salvación de los pecadores.

Garantía de gloria

Pablo aseveró que esta sabiduría divina es “para nuestra gloria” (1Co 2:7). En otras palabras, la cruz es el medio por el cual Dios lleva a los pecadores a la gloria. Este verso se extiende desde la eternidad pasada (“predestinado”) hasta la futura (“gloria”). No solo la muerte de Cristo estaba predestinada; también la salvación de cada pecador estaba predestinada, para la gloria.

En la muerte de Cristo soberanamente designada, la glorificación definitiva de todos los santos está totalmente garantizada. La sabiduría de Dios en la cruz asegura que cada persona por

la que Cristo murió participará en la futura gloria del cielo para siempre (Jn 10:11, 14, 16, 26-30).

El tipo de predicación que Dios bendice magnifica esta gracia soberana. Dios mira con favor al púlpito que declara con valor Sus inalterables propósitos eternos en la cruz. Él concede poder al predicador que proclama Su derecho supremo en la predestinación. Tal predicación reconoce que Él concede Su gracia a quien a Él le plazca (Ro 9:15-18). Este es el mensaje que debería resonar hoy desde cada púlpito. Esta elevada verdad engrandece a Dios y humilla al ser humano, quebranta el orgullo y promueve la adoración, rebaja a la criatura y exalta al Creador. Tal predicación declara la autoridad de Dios sin rival ni estorbos sobre todas las cosas.

UNA VIDA SIN SABIDURÍA

Pablo extendió este argumento mientras profundizaba en el tema de la ceguera espiritual de los gobernadores del mundo al crucificar a Jesús. Ellos no lograron comprender la sabiduría de Dios en la cruz. El apóstol describió la sabiduría de Dios como aquella que “ninguno de los gobernantes de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria” (1Co 2:8). Aquellos que crucificaron al Señor Jesús no entendieron la naturaleza de la soberana sabiduría de Dios.

Los propósitos salvíficos de Dios en Cristo estaban velados para los ojos de los líderes judíos y romanos. De lo contrario, ellos no habrían llevado a cabo el plan perfecto de Dios. En su ignorancia, ellos dieron muerte a Cristo. Pero por el eterno decreto de Dios, *tenía* que ser así.

Cegado por la luz

Poco advirtieron los líderes judíos y romanos que crucificaron a Jesús que en realidad estaban llevando a cabo la voluntad predestinada de Dios. Ellos no tenían el control de lo que ocurría; lo tenía Dios. Estos hombres malvados pensaban que estaban matando a un mero pretendiente mesiánico. Asumieron que estaban dando muerte a un falso cristo. Pero en su arrogancia, crucificaron al Señor de la gloria.

Ante una gran multitud en Jerusalén, Pedro declaró: “Ahora bien, hermanos, yo sé que ustedes y sus dirigentes actuaron así por ignorancia” (Hch 3:17 NVI). Estos líderes no lograron reconocer a Jesús como el Señor de la gloria. Eran ciegos frente a la divina magnificencia del perfecto ser de Cristo. Siendo plenamente Dios, Jesús poseía un radiante esplendor y una deslumbrante gloria. Pero ellos no pudieron verla. La necedad del mundo se resume en que ejecutó al glorioso Señor del cielo y la tierra.

Ningún hombre podría haber inventado alguna vez este plan de salvación por el cual Dios enviaría a Su único Hijo a morir en

lugar de pecadores destinados al infierno. Nadie podría haber concebido el plan donde Cristo vertería Su sangre para propiciar la justa ira de Dios hacia los perdidos. Ninguna persona podría haber planificado esta estrategia por la cual Jesús reconciliaría al Dios santo con el hombre pecador. Además, nadie podría haber soñado que Jesús moriría en lugar de pecadores, sería bajado de la cruz, sepultado en una tumba prestada y sería levantado el tercer día; pero Dios lo hizo.

Solo Dios mismo pudo haber elaborado este plan soberano por el cual el Señor resucitado ascendería a la derecha de Dios el Padre para ser el Salvador de todos los que lo invoquen. Solo Dios pudo haberse hecho el propósito de que todos los que crean en Cristo sean exaltados en la gloria.

Escondido de la razón humana

Pablo observó que el profeta Isaías predijo este asombrosamente brillante plan de salvación. El apóstol dijo: “Como está escrito: ‘Las cosas que ningún ojo vio, ni ningún oído escuchó, ni han penetrado en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman’” (1Co 2:9). Si bien esta profecía no identifica específicamente esta realidad nunca vista, el contexto deja claro que se refiere a la sabiduría de Dios en la cruz.

Pablo citó específicamente a Isaías para señalar que el evangelio no puede aprenderse mediante observación empírica (“ningún ojo vio”). Este mensaje salvador no es transmitido oralmen-

te por la tradición de una generación a otra (“ningún oído escuchó”). El corazón humano no puede concebir semejante sabiduría (“ni han penetrado en el corazón del hombre”). La sabiduría de Dios no se discierne mediante una percepción intuitiva. La sabiduría divina en la cruz está más allá del pensamiento natural, más allá de la comprensión humana.

Pablo identifica la sabiduría de la cruz como aquello “que Dios ha preparado para los que lo aman” (1Co 2:9). Dios la preparó de antemano en la eternidad pasada para todos los que vendrían a Él en Cristo. Solo Dios mismo puede revelar esta sabiduría al hombre, y lo hace mediante la divina revelación de la Escritura y la divina iluminación del Espíritu.

UN ENCARGO SAGRADO

Este elevado mensaje de los propósitos predestinados de Dios en la cruz ha sido confiado a los llamados por Él a predicar Su Palabra. A estos privilegiados hombres se les ha encargado el alto honor de proclamar la inimaginable sabiduría de Dios en la cruz. Esta profunda verdad supera con creces la inteligencia de cualquier hombre; inteligencia que no la puede concebir. Esta es la sagrada palabra confiada a los que han sido comisionados por Dios para predicar.

Estos predicadores deben dar a conocer lo que ninguna mente humana podría llegar a entender sin la revelación divina. En

vista de esto, jamás podría concederse mayor privilegio que dar a conocer a este Cristo crucificado.

Puesto que Dios es soberano al salvar a los pecadores, al predicador simplemente se le exige que presente fielmente la verdad bíblica. Luego debe dejarle el resultado a Dios. Cuando el evangelio llega a los elegidos, Dios los llama a la fe en Cristo. Por lo tanto, el predicador no necesita manipular al oyente. No necesita recurrir a artilugios para camuflar el mensaje. Tampoco necesita apelar a técnicas represivas que producen falsos resultados. Simplemente necesita presentar la verdad en el poder del Espíritu, confiando en que Dios produzca la respuesta.

Esto no significa que el predicador no deba ser apasionado ni persuasivo al presentar la verdad. Tampoco significa que no debería predicar con un sentido de extrema urgencia. Pero sí significa que no intentará inducir una respuesta en las personas a las que les lleva la Palabra. Además, no debe distorsionar el mensaje con el fin de forzar la conversión de sus oyentes ni puede falsificar la obra del Espíritu. Al contrario, el predicador al que Dios bendice predica la Palabra con toda la fuerza de la convicción, pero deja el resultado a la soberanía de Dios.

EL TEMA INVARIABLE

Ya sea que te pares en un púlpito o que sirvas en una prisión; ya sea que lleves el evangelio a un hospital o a una universidad, el

corazón de tu testimonio debe ser la cruz de Jesucristo. Adonde vayas, con quien hables, debes predicar a Cristo crucificado por los pecadores. No importa quién sea tu audiencia, tu mensaje sigue siendo el mismo. Debes predicar el propósito predeterminado de Dios en la muerte sustitutiva de Cristo.

Cada predicador debe predicar a Cristo crucificado para cumplir así con su llamado sagrado. No importa qué otra cosa haga, si no predica a Cristo crucificado, no es fiel al mandato divino que le fue asignado.

Charles Spurgeon ciertamente entendió este mandato. Él creía firmemente que su Amo le había ordenado que se parara al pie de la cruz y permaneciera ahí hasta que Él regresara. En tanto que viviera, él debía contar esta simple historia de Cristo crucificado a un mundo que perecía. Spurgeon declaró:

Hace algunos años recibí órdenes de mi Amo de pararme al pie de la cruz hasta Su venida. Él no ha venido aún, pero pretendo estar aquí hasta que lo haga. Si yo llegara a desobedecer Sus órdenes y abandonara estas simples verdades que han sido el medio de conversión de almas, no sé cómo podría esperar Su bendición. Aquí, pues, estoy al pie de la cruz y cuento la tan antigua historia, por obsoleta que suene a oídos ansiosos, y por raída que la consideren los críticos. Es de Cristo que yo amo hablar: del Cristo que amó, vivió y murió, el sustituto de los pecadores, el justo por el injusto, para poder llevarnos a Dios.¹

Cada predicador ha recibido estas mismas instrucciones. Donde Spurgeon estuvo, al pie de la cruz, allí también debemos estar nosotros. Con nuestra mirada fija en Su gloria en lo alto, debemos predicar esta gracia salvadora hasta que Jesús regrese. Que

podamos ser hallados fieles en este llamado a proclamar el mensaje de la soberana sabiduría de Dios en la cruz de Jesucristo. Y cuando Él regrese, que pueda encontrarnos fielmente parados al pie de la cruz.

ÓRDENES DE MARCHAR

El desfile de los predicadores fieles



Como se ha afirmado a lo largo de este libro, hay una predicación que Dios bendice. Aquellos púlpitos que siguen el patrón establecido por Pablo en 1 Corintios 2:1-9 están en una buena posición para conocer este divino favor. Este es el enfoque en la predicación con el que cada expositor debe estar comprometido. Cada heraldo de la verdad tiene la responsabilidad personal de imitar el modelo apostólico que establece Pablo en este importante pasaje.

Ningún predicador es libre de desviar su doctrina de lo que enseñó Pablo. Cada hombre debe predicar solo aquellas verdades afirmadas en la Biblia. Al mismo tiempo, nadie puede pararse en un púlpito y alterar su discurso frente a lo que ejemplificó el apóstol. La Escritura enseña *qué* debemos predicar y *cómo* debemos predicarlo. La Biblia establece tanto el *mensaje* como la *manera* en que la verdad de Dios debe ser proclamada. El hecho es que a Dios le importa cómo se predica Su Palabra.

En este significativo texto, Pablo ha expuesto un modelo intemporal para que lo siga cada predicador. Independientemente de dónde o a quién se esté ministrando, estos principios trascienden los siglos, los continentes y las culturas. Aquí el apóstol

registró la esencia de lo que predicó y la manera en que lo presentó. Por tal motivo, debemos atenernos estrictamente a la instrucción de estos versículos.

DOS ASPECTOS DE LA PROCLAMACIÓN

La ciencia de la exposición

Para entender correctamente la predicación expositiva, debemos reconocer que este enfoque al púlpito es una ciencia y un arte. Es una ciencia en el sentido de que existen leyes inalterables que gobiernan su éxito. Estos principios incluyen las leyes fijas de la interpretación (hermenéutica). Este enfoque disciplinado implica una cuidadosa investigación del texto que considera el estudio de las palabras, la gramática, la sintaxis, los tiempos verbales, el trasfondo histórico, la geografía, la cultura y más. Existen principios inquebrantables asociados con cada una de estas áreas de estudio que deben observarse para interpretar adecuadamente lo que Dios quiere decir en Su Palabra. Toda interpretación apropiada del texto bíblico debe seguir estas reglas fijas.

Si se incumplen estas leyes básicas de la hermenéutica, el sermón trágicamente tergiversará la Escritura y no honrará a Dios. Cualquier mensaje que aborde de manera inadecuada la Escritura y distorsione su mensaje no cuenta con la bendición de Dios.

Cualquier imposición forzada al texto –es decir, un significado inventado— no logrará comunicar con precisión lo que Dios está diciendo. Una aproximación así de imprecisa hace que el texto diga lo que Dios nunca dijo.

La Biblia comunica una verdad objetiva en palabras definidas con significados precisos. Entender el significado del texto requiere de principios objetivos de interpretación para que el predicador pueda comprender correctamente lo que Dios está diciendo.

La predicación que Dios bendice debe representar fielmente una comprensión apropiada de cualquier pasaje de la Escritura. Dios solo bendecirá aquella predicación que interprete correctamente el verdadero significado del texto.

El arte de la predicación

Al mismo tiempo, la exposición bíblica es un arte. La predicación permite cierta creatividad e individualidad que varía de un ministro a otro. Esta variable admite, e incluso exige, que la personalidad única de cada predicador aflore en el sermón. Además, esta diversidad requiere una diferencia entre un sermón y otro, incluso el mismo predicador debe cambiar. De lo contrario, cada sermón del mismo texto sería igual, palabra por palabra.

Entre los distintos predicadores, jamás debería haber una diferencia en la *interpretación* del texto bíblico. No cabe duda de que solo existe una interpretación apropiada de cada pasaje.

Cualquier diferencia en los sermones debe radicar más bien en el envoltorio y en la presentación. Si bien la sustancia de cada sermón debería ser esencialmente la misma, hay un margen para que las verdades específicas sean presentadas y aplicadas de diversas formas.

En resumen, no hay dos predicadores iguales. Tampoco hay dos congregaciones iguales ante las cuales presentan sus sermones. Tampoco hay dos situaciones iguales. Por lo tanto, los sermones siempre van a diferir, pero nunca en doctrina, solo en su énfasis y presentación.

En consecuencia, la predicación será distinta tal como sea distinto cada predicador. Cada cual tiene su propia personalidad, temperamento, madurez, edad, experiencia y talento únicos. No hay dos expositores configurados de la misma manera ni hay dos predicadores en el mismo lugar en su vida espiritual. Esta variedad permite, e incluso requiere, diferencias de un sermón a otro, tal como un predicador se diferencia de otro.

En cuanto a las congregaciones, distintos grupos de oyentes están en diferentes lugares en su caminar espiritual con el Señor. Las congregaciones están conformadas por personas en distintos niveles de madurez espiritual, de diferentes edades, con diferentes medidas de exposición a la verdad y de distintos trasfondos. Por consiguiente, un expositor debe aprender a adaptar sus sermones según sea el caso.

La manera en que un predicador se dirige a un grupo o a otro puede diferir. La manera en que le habla a la misma congregación por muchos años puede variar con el tiempo. Estas diferen-

cias dependerán de la madurez espiritual de un grupo en cualquier momento dado. Este es el arte de la predicación expositiva: tomar en cuenta distintas aproximaciones a la aplicación, distintos tipos de ilustraciones, diferentes enfoques a la introducción, distintos tonos en la presentación y distintas clases de conclusión. El expositor debe tener una clara percepción de todos estos factores mientras le da forma a su sermón para aquellos que lo escuchan.

En cuanto a la ciencia y al arte de la predicación, es sabio el hombre que reconoce estos dos aspectos de la proclamación y adopta ambos.

NECESIDAD: PREDICACIÓN TRINITARIA

La predicación que Dios bendice debe ser claramente trinitaria. Es la predicación en la que las tres personas de la Divinidad están activamente involucradas. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo deben ser vistos en Sus roles trinitarios correspondientes.

Jesucristo: el tema dominante en la predicación

En primer lugar, el tema dominante de la predicación debe ser la persona y la obra de Jesucristo. Como lo afirma claramente Pablo: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado” (1Co 1:23). El mandato para cualquier ministro no puede estar más claro. El

punto focal de toda predicación debe ser Jesucristo en Su muerte salvadora.

Esta predicación exalta constantemente a Cristo y llama la atención de sus oyentes hacia Él. La esencia de la predicación que tiene el favor de Dios está arraigada en la fiel proclamación de la segunda persona de la Trinidad: Cristo. En los términos más simples posibles, Pablo anuncia: “Nosotros anunciamos a Cristo” (Col 1:28). Cristo debe ser el corazón y el alma de todo lo que proclamamos.

Esto es lo que hizo Jesús en Su propia enseñanza. Él dijo: “Ustedes escudriñan las Escrituras, porque les parece que en ellas tienen la vida eterna; ¡y son ellas las que dan testimonio de Mí!” (Jn 5:39). Aquí Jesús dijo que Él es de quien el cuerpo de la Escritura da testimonio supremo. Dicho de otro modo, el tema principal de la Escritura es Jesucristo. Toda la Biblia apunta hacia Él. Luego de Su resurrección, Él se dirigió a dos discípulos en el camino a Emaús y “les explicó lo que se refería a Él en todas las Escrituras” (Lc 24:27 NVI). Él les explicó que las profecías acerca del Mesías lo esperaban a Él.

A través de todo el Antiguo y el Nuevo Testamento, solo hay una forma de salvación, y es a través de Jesucristo. Los santos del Antiguo Testamento fueron salvos al mirar hacia el futuro a Cristo, tal como los creyentes del Nuevo Testamento son salvos al mirar hacia el pasado a Su muerte y resurrección. La salvación solo por gracia, solo por fe, solo en Cristo es el tema que unifica la Escritura. Por lo tanto, predicar la Biblia requiere que uno predique a Cristo.

¿Es Cristo el centro de tu predicación? ¿Tiene una predominancia sin rival en todo lo que enseñas y proclamas? ¿Es Cristo el tema glorioso en todo tu ministerio del púlpito? Ciertamente, la predicación que Dios bendice está atada a Cristo crucificado.

El Espíritu Santo: el poder sobrenatural en la predicación

En segundo lugar, toda predicación debe ser hecha en el poder del Espíritu Santo. Nadie puede proclamar bien al Señor Jesús con su propia fuerza. El poder salvador está en el mensaje divino y no en el mensajero. Pero este debe tener el poder de Dios para expresar Sus verdades. El predicador conocerá la divina bendición sobre su ministerio en la medida que realice su proclamación mediante la plenitud del Espíritu Santo.

El Tercer miembro de la Divinidad se deleita en magnificar a Cristo. “El Espíritu de verdad” (Jn 14:17; 15:26; 16:13) debe iluminar la mente del predicador para que comprenda las verdades concernientes a Cristo en la Escritura. El Espíritu debe inflamar su corazón, profundizar sus convicciones y acrecentar su compasión, pero con valentía, en tanto predica a Cristo (Hch 4:8; 1Ts 1:5). Solo el Espíritu omnipotente puede hacer esto en sus siervos.

La predicación que conoce el favor de Dios debe ser dotada de poder por Su Espíritu. El predicador debe estar lleno del Espíritu si ha de hablar la Palabra de Dios a los demás (Ef 5:18-19). No

debe apagar al Espíritu confiando solo en su talento sin una dependencia de Él.

¿Predicas tú con una clara consciencia de tu necesidad de la capacitación del Espíritu? ¿Conoces el apoderamiento de la gracia del Espíritu? ¿Oras pidiendo Su ministerio divino en tu predicación? ¿Eres consciente de que cuando te paras en el púlpito, deben ser dos los que se paran frente a una Biblia abierta? El tipo de predicación que Dios bendice es una predicación ungida por el Espíritu.

El Padre: la sabiduría predeterminada de la predicación

En tercer lugar, la verdadera predicación debe proclamar el mensaje del evangelio que fue ordenado de antemano por Dios antes de la fundación del mundo. Si la predicación ha de contar con el favor de Dios, debe declarar Su soberana voluntad en la salvación.

Desafortunadamente, muchos predicadores, en su intento de ser contemporáneos, descuidan la enseñanza de todo el consejo de Dios. Intentan presentar el evangelio de una manera que sea fácil de escuchar, pero, al hacerlo, retienen ciertas verdades difíciles que a la gente le cuesta aceptar. Debe haber una exposición total de la verdad. Nada debería reservarse. Si Dios ha puesto una verdad en Su Palabra, entonces debe ser proclamada. La verdad de la soberanía divina en la salvación no es la excepción.

La predicación que Dios bendice declara el plan predeterminado de redención que Él concibió en la eternidad pasada. Debemos predicar la verdad de la elección soberana de Dios según la predeterminación de Su gracia. Debemos proclamar que Dios ha escogido a un pueblo para Él (Ef 1:4-5). Además, Él ha escogido a Cristo para que sea su Salvador (1P 1:19-20). El evangelio eterno debe ser predicado fielmente a cada generación.

¿Predicas tú la soberana autoridad de Dios en la salvación? ¿Engrandeces Sus propósitos eternos en la salvación de los pecadores? ¿Permaneces firme en la proclamación de la totalidad del evangelio a los que se pierden y perecen en este mundo?

UNA LARGA LÍNEA DE HOMBRES FIELES

A través de los siglos, ha habido una larga línea de fieles predicadores que han seguido este modelo apostólico de la predicación. Estos leales defensores de la fe han sostenido heroicamente el mensaje eterno de Cristo, y de Él crucificado, en el tiempo que se les asignó en la historia humana. Ellos sirvieron como devotos administradores de los misterios de Cristo, como dedicados mensajeros del evangelio que proclamaron el único tema central de toda la Escritura: Cristo. Ellos estaban profundamente convencidos de que mientras estuvieran en la tierra, su propósito primordial era proclamar el mensaje de la cruz.

Ellos han permanecido como confiables portavoces de Dios. Han predicado el mensaje que Él predeterminó antes de que comenzara el tiempo. Ellos han predicado Su Palabra sin comprometer sus verdades. Y han llevado a cabo su predicación en el poder del Espíritu Santo.

Esta es la predicación que Dios bendice.

¿Qué hay de ti? ¿Serás contado entre este remanente fiel? ¿Estarás entre los pocos que se comprometen con predicar las glorias de Cristo? ¿Estarás entre los pocos de la historia que proclamarán a Cristo en el poder del Espíritu Santo? ¿Estarás entre los que permanecen fieles al mensaje eterno de Dios?

DOS INSTRUMENTOS EN LAS MANOS DE DIOS

Dos predicadores destacados en la historia de la iglesia son los escoceses del siglo diecinueve Andrew Bonar y Robert Murray M'Cheyne. Andrew era el hermano menor del famoso compositor de himnos Horatius Bonar, y M'Cheyne llegó a ser un eminente predicador escocés. Bonar y M'Cheyne tenían la misma edad y asistieron a la misma escuela primaria en Edimburgo. Ambos eran buenos amigos.

A los 18 años, M'Cheyne se convirtió a Cristo tras la muerte de su hermano mayor, David. Robert dijo que fue entonces cuando comenzó a buscar “un Hermano que no puede morir”.¹

Entonces se volvió a Jesucristo con fe y entró en el reino de Dios.

En poco tiempo, M'Cheyne entró al ministerio y se convirtió en un poderoso predicador del evangelio. Fue uno de los principales instrumentos en llevar a cabo el Avivamiento Kilsyth (1838-1839) en Escocia. Este potente movimiento de Dios estuvo marcado por la poderosa predicación de la cruz por parte de ambos, M'Cheyne y Bonar.

Esto, a su vez, instó a Bonar y M'Cheyne a alcanzar juntos el mundo para Cristo. Preocupados por la salvación del pueblo judío, Bonar y M'Cheyne viajaron a Palestina en 1839, no como turistas, sino para llevar a cabo la exigente obra de predicar el evangelio a judíos no convertidos.

M'Cheyne: muere a los 29 años

Mientras estaban en la Tierra Prometida, M'Cheyne y Bonar predicaron a Cristo. Este era uno de los lugares más difíciles del mundo para hacer la obra de evangelismo. Después de ejercer su ministerio por algún tiempo, regresaron a Escocia, donde siguieron sirviendo al Señor con inusual entrega y extraordinaria devoción. En su servicio al Señor, estos dos hombres se esforzaron al extremo.

Pero las rigurosas exigencias de los esfuerzos ministeriales del joven Robert M'Cheyne fueron más de lo que su cuerpo fisi-

co pudo soportar. Esta enérgica alma se consumió por Cristo, y murió a la temprana edad de 29 años.

Tras la muerte de M'Cheyne, su buen amigo, Andrew, recopiló su diario con el título *Memoir and Remains of Rev. Robert Murray M'Cheyne* [La vida de Robert Murray M'Cheyne] (1862). Andrew también escribió una biografía de M'Cheyne para que el mundo conociera la devoción de Robert por Cristo. Este libro se convertiría en un clásico devocional cristiano que inspiró a otros a ir al campo misionero.

Bonar: predica hasta los 82 años

A diferencia de su amigo M'Cheyne, Bonar viviría por más de otro medio siglo. Él permaneció en el ministerio pastoral cincuenta y cuatro años. Cuando murió, a los 82 años, Bonar todavía era pastor en Glasgow, Escocia.

Antes de morir, Bonar reflexionó: “¿Por qué mi mejor amigo Robert Murray M'Cheyne habrá muerto a los 29 años mientras que yo viví tanto tiempo? ¿Por qué se me habrá permitido vivir hasta los 80? ¿Por qué se me concedió tanta vida?”.²

A su mente vino esta respuesta: “De una cosa estoy seguro. Debe ser para que yo pueda predicar a Cristo, y a Él crucificado, en todo momento y en cualquier lugar cada vez que me sea posible”.³ Bonar creía que se le había concedido una larga vida por esta razón principal: poder predicar a Cristo, y a Él crucificado.

FIEL HASTA EL FINAL

Asimismo, este es el propósito que se le concede a cada predicador, cualesquiera que sean los años que tenga que vivir. Todos los mensajeros de la gracia deben comprender claramente que esta es nuestra razón primordial de estar vivos. Mientras tengamos aliento, debemos proclamar a Cristo, y a Él crucificado.

¿Por qué estás en esta tierra? ¿Por qué Dios te ha permitido vivir todo lo que has vivido? ¿Por qué sigue circulando sangre por tus venas? ¿Por qué en tu cuerpo aún quedan fuerzas? Seguramente la respuesta debe ser que mientras te encuentres aquí sobre la tierra, es para que puedas proclamar con valor las gloriosas noticias de Jesucristo, y de Él crucificado.

Es por esto que, como heraldos del evangelio, se nos permite seguir con vida. Es para que podamos difundir el mensaje de Dios a un mundo perdido y agónico. Este es el propósito más elevado que podemos llegar a obtener. Y el favor de Dios estará sobre nuestra predicación en tanto que seamos fieles en declarar a Cristo, y a Él crucificado. Esta, y solo esta, es la predicación que Dios bendice.

Por lo tanto, mantengámonos firmes en nuestro compromiso con la predicación trinitaria. Renunciemos al mensaje y a las metodologías de este mundo caído que desearían confinar a Cristo a la periferia en la predicación. Seamos firmes en nuestra devoción por promover a Cristo, y a Él crucificado, en cada una de nuestras proclamaciones desde el púlpito.

Esta es la predicación que Dios bendice.

NOTAS

Capítulo 1: Todo, excepto lo principal

- 1 Michael Horton, *Christless Christianity* (Grand Rapids: Baker Books, 2008), 16-17. Traducción para este libro.
- 2 Horton, *Christless Christianity*, 18.
- 3 C. H. Spurgeon, citado por Lewis A. Drummond, *Spurgeon: Prince of Preachers* (Grand Rapids: Kregel, 1992), 223. Traducción para este libro.
- 4 C. H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol. XIV (Pasadena: Pilgrim Publications, 1970, 1976, 1982), 467. Traducción para este libro.

Capítulo 2: Hábil parloteo

- 1 Se desconoce la fuente de esta cita atribuida popularmente a Lloyd-Jones.
- 2 James Montgomery Boice, *Whatever Happened to the Gospel of Grace?*, 26. Traducción para este libro.
- 3 Martín Lutero, *Luther's Works*, vol. 51, ed. John W. Doberstein (Filadelfia: Fortress, 1959), 77. Traducción para este libro.

Capítulo 3: Un tema dominante

- 1 Martín Lutero citado en Roy B. Zuck, *The Speaker's Quote Book* (Grand Rapids: Kregel Academic, 1997), 308. Traducción para este libro.
- 2 Rev. John Ker, *Lectures on the History of Preaching* (London: Hodder and Stoughton, 1888), 154-56. Traducción para este libro.
- 3 Martín Lutero, *The Cambridge Companion to Martin Luther*, ed. Donald K. McKim (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), 138. Traducción para este libro.
- 4 Gustav Friedrich, "kerygma", ed. Gerhard Kittel, *Theological Dictionary of the New*

- Testament (Grand Rapids: Eerdmans, 1965), 3:687-88. Traducción para este libro.
- 5 Friedrich, "kerygma," ed. Kittel, *Theological Dictionary of the New Testament*, 3:687-88. Traducción para este libro.
- 6 C.H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol. VII (Pasadena: Pilgrim Publications, 1970, 1976, 1982), 169. Traducción para este libro.
- 7 C.H. Spurgeon, *Lectures to My Students* (Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1977), 82. Traducción para este libro.

Capítulo 4: Fortaleza en la debilidad

- 1 D. Martyn Lloyd-Jones, *La predicación y los predicadores* (Ciudad Real: Editorial Peregrino, 2003), 108.
- 2 Lloyd-Jones, *La predicación y los predicadores*, 337.
- 3 Lloyd-Jones, *La predicación y los predicadores*, 357.
- 4 Lloyd-Jones, *La predicación y los predicadores*, 358.
- 5 C. H. Spurgeon, *Lectures to My Students, Second Series* (Londres: Passmore and Alabaster, 1881), 91. Traducción para este libro.
- 6 John Murray, *Collected Writings of John Murray*, Vol. 3 (Edimburgo: Banner of Truth, 1982), 72. Traducción para este libro.
- 7 R. C. Sproul, *The Preacher and Preaching*, ed. Samuel T. Logan, Jr. (Phillipsburg: P & R Publishing, 1986), 113. Traducción para este libro.
- 8 Richard Baxter, *The Reformed Pastor* (Carlisle, PA: The Banner of Truth Trust, 1656, 1829, 1862, 1974, 1979), 148. Traducción para este libro.
- 9 Baxter, *The Reformed Pastor*, 148.
- 10 Adrian Rogers, *The Power of His Presence* (Wheaton: Crossway, 1995), 56. Traducción para este libro.

Capítulo 5: Una sabiduría soberana

- 1 C. H. Spurgeon, citado en Drummond, *Spurgeon*, 289. Traducción para este libro.

Capítulo 6: Órdenes de marchar

- 1 Andrew Bonar, *The Memoirs & Remains of Robert Murray M'Cheyne* (Edinburgh, Scotland: The Banner of Truth Trust, 2004), 11.
- 2 Andrew Bonar, *Diary & Life* (Edimburg: The Banner of Truth Trust, 1984), 184.
- 3 Bonar, *Diary & Life*, 525.